

RECUERDOS DE APARECIDOS

**Un viaje de ida a los recuerdos que
entibian el corazón para pensar el
futuro.**

1º Edición.

Traducción: Noeth Osvaldo Segovia. Docente intercultural Wichí. Maestro ilustre 2010, Presidencia de la Nación.

Diseño de tapa y contratapa: Juan Manuel Lenscak

Ilustración de Tapa: Marcelo Chiavazza

Obra: La caza Tachowalhan

Fotos: del autor, Maca Amado, Gustavo Molfino.

Hecho el depósito que marca la ley
11.723.

Impreso en Argentina

I.S.B.N. 978-987-86-8109-2

1. Narrativa argentina. 2 cuentos. I Título.

CDD A863.

Toda reproducción sin fines de lucro está permitida.

Se agradece citar la fuente.

INDICE

Prólogo	9
Palabras de Noeth Osvaldo Segovia	13
Agradecimientos	15
Unas Palabras de aparecido.....	17
El vuelo del hechicero	25
¡Esto es para usted doctora!.....	31
El sueño de Laishí	35
El consejo del moribundo	37
El lugar donde cayó el rayo	45
El loro atrapado	53
¡Prestame a tu señora!	57
Anselmo el recolector de miel	63
Entierro para el diablo	81
Las manos del artesano	85
Los Fortineros	87
Declarar en lengua extranjera	89

Pandemia en el monte	93
Blas	95
El preso.....	101
El cazador y el fiscal	105

Catinga americana

Prólogo al libro “Recuerdos de aparecidos”, de Luis Zapiola

Pensar desde la alteridad no es un ejercicio cotidiano en nuestra cultura. Escribir, desde un eje distinto al nuestro, mucho menos. La cultura de la totalidad, del imperio, de la voluntad del poder, del egoísmo hegemónico, atraviesa nuestro día a día, casi sin percatarnos de ello. Vemos lo que queremos ver, tocamos lo que queremos tocar, olemos lo que queremos oler.

Roberto Kush intentó hacerlo, y habló del *hedor americano*, y del estar sobre el ser, revolucionando la filosofía tradicional hegemónica del nordatlántico (desde la escolástica al existencialismo). Pero a Kush casi no se lo conoce en el ámbito académico de los círculos que adoran su propio ombligo y huelen sus propio saumerios.

En ese marco de ensimismamiento, lo diferente se reduce, o se intenta convertirlo a lo que uno cree como verdadero. La alteridad no se la respeta tal cual es; no se la re-conoce, y menos se dia-loga con ella.

Así nacieron las “*reducciones*” aborígenes, el principio constitucional de “*convertirlos al catolicismo*” ⁽¹⁾ y hasta la impunidad del gobierno central porteño de nombrar a uno de los departamentos de mayor población aborigen en Formosa con el nombre de Ramón Lista, responsable del mayor genocidio del pueblo ona (selknam), por el que se conmemora oficialmente en el país, el día del indígena patagónico.

Que todavía no hayan cambiado el nombre, a más de un siglo de aquel bautismo porteño, cuando consideraban a Formosa

¹ Constitución Nacional Argentina (1853); en su artículo 67 inciso 15

como “*territorio*”, expresa a las claras lo irrelevante del tema también para nuestra sociedad provincial, y esta aculturación a la que estamos sometidos.

Hubo muchas formas de escribir sobre las comunidades nativas. Muchas perduran. No hace falta remontarnos a la época de la colonia para comprobar la férrea voluntad de sometimiento que motivaba y hegemonizaba aquella aciaga época, cuando se discutía en castillos y monasterios si los indios americanos tenían alma o no la tenían.

Releamos a una de las plumas más brillantes del proceso de organización nacional, Domingo Faustino Sarmiento cuando publicaba en diarios porteños *El Progreso* y *El Nacional*: *"¿Lograremos exterminar los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos que los mandaría a colgar ahora si reapareciesen. Lautaro, Caupolicán, son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin si quiera perdonar al pequeño que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado."*

No fue un exabrupto, ni pirotecnia verbal electoralista. Se trata de una expresión genuina de la época. En sintonía con el mentor de nuestra constitución liberal, Juan Bautista Alberdi, quien, enfrentado en otros temas a Sarmiento, había afirmado: *"...Y el salvaje del Chaco, apoyado en el arco de su flecha, contemplará con tristeza el curso de la formidable máquina que le intima el abandono de aquellas márgenes. Resto infeliz de la criatura primitiva: decid adiós al dominio de vuestros pasados. La razón despliega hoy sus banderas sagradas en el país que no protegerá ya con asilo inmerecido la bestialidad de las más de las razas"*.

Uno podría decir que se trata del pasado remoto. Pero la realidad del pasado reciente ratifica su vigencia. Si leemos el Decreto Ley N° 3138/78 de la última dictadura cívico militar en Formosa, podemos encontrar que caracteriza positivamente a Enrique de Ibarreta como “*domesticador de aborígenes*”. La “*reducción*”, y la “*conversión*”, se tradujeron por los amos de la vida y de la muerte de los coprovincianos, en “*domesticación*”.

Por ello el trabajo literario de Luis Zapiola tiene un valor excepcional. No escribe desde un púlpito, ni desde el lado de la culata del fusil de los “*aparecidos*”. Sino todo lo contrario, nace desde lo profano, desde quienes se sienten apuntados con la orden de obedecer para no ser desaparecidos.

Tiene la particularidad (y la virtud) de ser un intento de comprensión de otras miradas, y del reconocimiento de nuestro propio origen latinoamericano. De aquello que también constituye a nuestra sociedad, aunque se haya hecho todo el esfuerzo para negarlo. Esa realidad que miramos sin ver día a día en la toponimia con nombres en lenguas originarias, en numerosísimas palabras guaraníes, mapuches, collas, que utilizamos cotidianamente en nuestra conversaciones, en costumbres que nos distinguen a nivel internacional como el de tomar mate, el cheísmo, el de haber elegido a la flor de ceibo como nuestra flor nacional, el contar con un padre de la Patria que entendía el guaraní, o sentirnos halagados por la UNESCO al reconocer la vena artística de nuestra cuna cultural amazónica expresada en el chamamé como patrimonio universal de la humanidad.

Esta expresión desde la alteridad negada constituye una oportunidad de reconocimiento no solo de lo que somos, sino además de descubrir riquezas humanas sistemáticamente reprimidas. Hoy que la cultura de la explotación del hombre y

de los recursos naturales ha recalentado el sistema y provocado sucesivas pandemias, volver a determinados criterios ancestrales como el buen vivir, el pachacuti y la tierra sin mal, cobran singular importancia.

Para los formoseños muchísimo más. Porque contamos una “*auténtica identidad multiétnica y pluricultural*” que estamos comenzando a reconocer, y desandar los caminos de los monólogos que conducían al exterminio de nuestro propio origen. Comenzamos a comprobar que las esencias y perfumes europeos también huelen mal, y a reconocer nuestra propia catinga americana. Ese hedor del que hablaba Kush todavía con términos de origen castizo. Catinga significa lo mismo, pero el término es de origen guaraní.

Sobre las culturas qom, pilagá y wichí sabemos muy poco. Son parte de nuestra provincia, sabemos que están, pero no nos atrevemos todavía y nos cuesta horrores, identificarnos con ellos.

Pensemos como hipótesis, para comprender cuánto camino falta recorrer todavía, qué sucedería si ganara las elecciones en Formosa, como lo hizo en Bolivia, un o una representante originario/a. ¿Y si al asumir se adornara con los plumajes ancestrales, revitalizara ritos originarios de entronización y se asesorara con chamanes, como lo vimos con Evo Morales?.

Vale la pena hacer el esfuerzo de imaginación para reconocernos quiénes somos, y cómo nos relacionamos.

Por ello esta incursión literaria que nos ofrece Luis Zapiola titulada “*Recuerdos de aparecidos*” es muchísimo más que una mera descripción con voces autóctonas; o un simple relato costumbrista. Se trata nada más y nada menos de un intento de construir un nuevo paradigma cultural, de una nueva y sólida relación dialogal; de una mancomunidad desde el origen

para diseñar juntos nuestro destino; de “*un viaje de ida a los recuerdos que entibian el corazón para pensar el futuro*”, como lo define el autor en el título de esta obra; que está en sus manos, y tiene “*catinga americana*”. Vale la pena leerla; para ir reconociendo nuestros propios olores, nuestra diversidad de categorías y nuestro origen común como pueblo y como especie.

Juan Eduardo Lenscak

Formosa, Lunas de las Cosechas, 2020

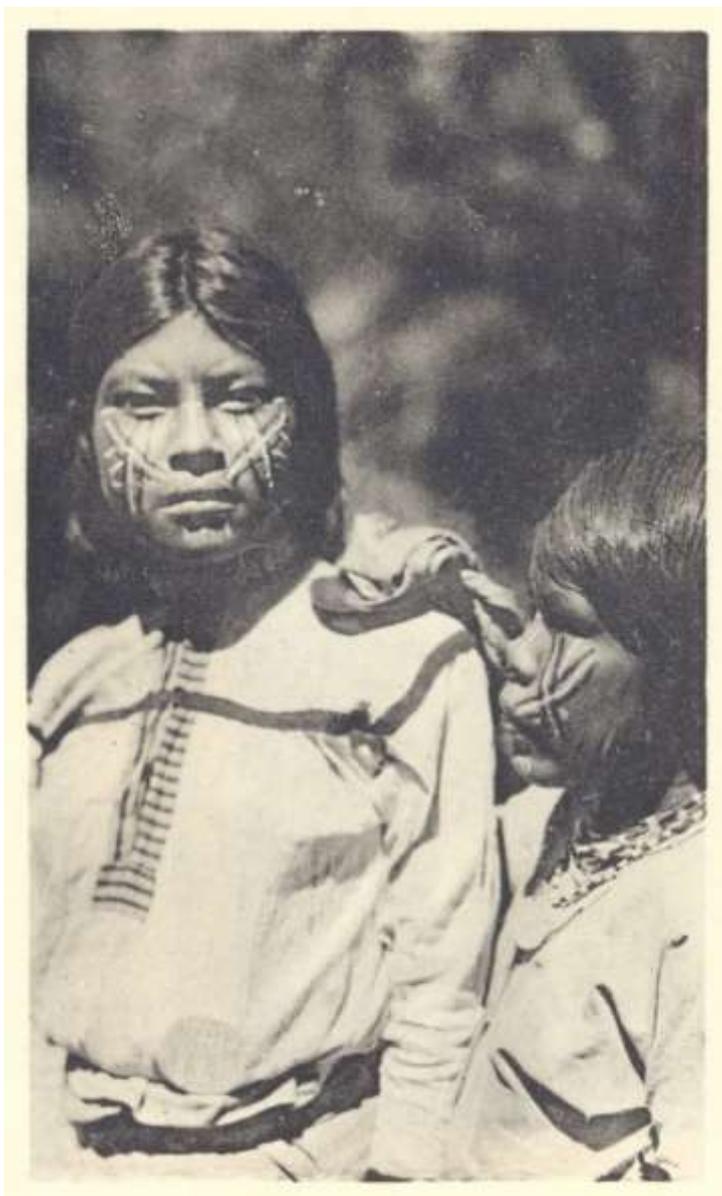
Palabras de Noeth Osvaldo Segovia

Leer los textos de Luis es una manera de refrescar la memoria colectiva en la que nos encontramos todos, y nos hace pensar y recordar aquellas palabras dichas por algún ancestro nuestro que nos sirva para hoy.

Lograr esta producción es una capacidad que pocas personas no indígenas logran. Escuchar y entender que las palabras de las víctimas son muy fuertes para comprobar hasta donde deben tener confianza para contar los secretos de la naturaleza y compartir la herencia de los ancestros.

La historia y la memoria escrita se logran cuando hay confianza. Leyendo nos encontramos en los distintos caminos que recorren el Gran Chaco. Nos invita a ver y a no decir lo que creemos saber de los que estamos aquí.

El Potrillo, Formosa. Enero de 2021



Jóvenes wichí. Foto 1926. Colección Milda Rivarola

Agradecimientos

Mi agradecimiento de aparecido a todos aquellos que de un modo u otro colaboraron en la realización de este libro. En particular a los originarios de los pueblos qom y wichí, que con su amistad inquebrantable posibilitaron profundas charlas que me permitieron asomarme a una mirada del mundo que desconocía. Muchos de ellos me honraron y aún lo hacen con su amistad, un tesoro que llevo en el corazón.

Un enorme gracias a aquellos que en estos años han partido, enormes luchadores por la tierra y por el bienestar de su gente: Elías Ortiz, Honorato Centeno, Silvano Juárez, Alejandro López, Gabino Acosta, Julio Glácido, Armando Coquero, Timoteo Francia, Miguel Ortiz, y tantos otros que guiaron a su gente en tiempos difíciles posibilitando el reconocimiento de la “tierra prometida” en los inicios de la recuperación democrática en la década del 80 del siglo pasado.

Especiales gracias a Noeth Osvaldo Segovia por las traducciones al *wichí Lhamtes* de algunos relatos de este libro y a Gustavo Molfino, un fotógrafo excepcional y compañero. También a Maca Amado por esa foto de mujeres en tiempo de pandemia.

A Marcelo Chiavazza, por esa hermosa pintura del monte formoseño y en ella la presencia cazadora y cultural de los wichí.

A Juan Eduardo Lenscak por su amistad y compañerismo y por el prólogo a esta obra que pretende mostrar una de “las venas abiertas de América Latina”.

A AMSAFE, sindicato docente de la Provincia de Santa Fe por la inclusión de algunos de estos relatos en sus publicaciones.

A los Maestros Especiales en Modalidad Aborigen (MEMA) de Formosa.

A Luis Basterra, por su amistad y aliento en todos los tiempos.

A Eulogio Frites primer abogado indígena de la República Argentina. A Ricardo Altabe, abogado y mártir de la defensa de los derechos de los pueblos originarios. A mis compañeros de la Comisión de Juristas Indígenas de la República Argentina. A Eduardo Nieva, Cacique de la Comunidad Diaguita de Amaichá del Valle de Tucumán, por tanto camino recorrido juntos y por su amistad inquebrantable.

A la Liga Argentina por los Derechos Humanos por el compañerismo y el compromiso con los pueblos.

A la Provincia de Formosa, por permitirme ser uno de sus hijos.

A todos ellos y a los que no nombro. ¡Gracias totales!

Unas palabras de aparecido

“Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias”. Eduardo Galeno.

Siempre me pareció curioso que los wichí del Pilcomayo se refirieran a los no indígenas con el término “*ahatay*”. En otras zonas, en particular el de las comunidades wichí de la zona del río Bermejo se los denomina “*siwele*”. Ambos términos están cargados de significado en su origen.

En la lengua de estas comunidades los *ahatay*, fueron originalmente los “aparecidos”, aquellos no wichí que un día llegaron a una zona, el Gran Chaco Sudamericano, que no pudieron conquistar en cuatrocientos años. *Ahatay* da cuenta de gente endemoniada, gritona, quienes con el paso de los años y los siglos se fueron instalando en sus territorios comenzando una disputa por los recursos del monte que marcó la memoria oral por generaciones. Los *ahatay* fueron desde su origen “*fwitsaj*”, furiosos, enfermos de la buena voluntad.

Con el tiempo, el termino fue incorporado en una traducción literal de no wichí, no indígena. Cada pueblo originario del Gran Chaco Sudamericano tiene su palabra para definir a ese otro no indígena. A lo largo de estos relatos iremos descubriendo esos términos, siempre cargados de memoria.

La gran paradoja es que al tiempo de arribo de los aparecidos, los originarios fueron desapareciendo, en el sentido de volverse invisibles a los ojos, los corazones y las preocupaciones de la cultura dominante.

Los Pueblos Originarios del Gran Chaco no tienen en sus lenguas un término que defina la “memoria”, entendida como recordar y no como una función del cerebro. Este término nos decía Galeano, en el Libro de los Abrazos, viene del latín *re-cordis*, volver a pasar por el corazón.

Los wichí incorporan la memoria de generaciones en la expresión “nuestro pensamiento”, porque la expresión del recuerdo, del presente y del futuro es siempre una acción colectiva, constitutiva de identidad.

Entonces, recordar y expresarlo en un pensamiento colectivo no es un proceso analítico individual, neutral. Es una toma de posición frente al pasado, al presente y al futuro.

En los inicios del siglo XXI vine a Formosa, procedente de la opulenta Buenos Aires, si bien no nací en ella sino en la Provincia de Rio Negro, en *Fiske Menuco*. Ya hacía un buen tiempo que había puesto mis ojos en los pueblos originarios, en sus derechos plasmados en leyes provinciales, nacionales y en los Tratados internacionales.

En mis primeros contactos con los wichí, los qom y los pilagá se abrió ante mis ojos un mundo nuevo, de una riqueza cultural y espiritual que golpea la conciencia y que te lleva a replantearte tu lugar en el mundo y un “ser” vivenciado desde lo colectivo. El derecho contiene en sus formulaciones teóricas esta posibilidad de “ser en lo colectivo”, pero con el no alcanza. Además, lo jurídico, las leyes y los Tratados de Derechos Humanos son aspectos extremadamente importantes que, si quedan solo en manos de abogados y jueces, pueden

convertirse en elementos peligrosos para los anhelos de sus destinatarios.

En estos años de recorrer sus comunidades, conocer a su gente y sus dirigentes fue tomando fuerza la importancia y la fuerza de lo “intercultural”. Porque las relaciones de culturas en contacto pueden ser mutuamente enriquecedoras o un espacio de conflicto donde prevalezca el más fuerte, en el sentido de quien puede ejercer violencia material o simbólica.

Este contacto se manifiesta en toda su magnitud en el derecho penal, pleno de palabras que no tienen traducción a las lenguas madre de los pueblos originarios. Se imponen conceptos, términos y ritos inentendibles para los originarios y las cuestiones procesales, más inentendibles aún. El poder judicial tiene una tarea pendiente todavía para juzgar a personas que portan una cultura a la que separa un abismo de los valores que sustentan el Código Penal y los Códigos Procesales.

Lo intercultural se juega en el contacto entre culturas. Ello en la vida cotidiana territorial se da en todos los planos. El éxito o el fracaso de una sociedad que contiene pluralidad de culturas, se juega en el conflicto, desde los aspectos pequeños hasta los grandes. Conocer las culturas indígenas en las que se debe operar es el gran primer paso al respeto, y a la construcción de una sociedad mas justa, que siempre es un objetivo a alcanzar, en cada paso que se dé.

Estos relatos no son específicamente para abogados u operadores judiciales. Son un intento de aproximación al pensamiento colectivo de los originarios en esa inestable relación con el mundo no indígena que une lo religioso, lo jurídico y lo social.

Las narraciones, en algunos casos rescatan aspectos de la cultura y la espiritualidad presente o pasada de las comunidades y pueblos originarios. En otros casos se trata de historias de base real en las que me tocó actuar como abogado, con los alcances y salvedades del caso. Quien quiera hallar en esta obra repudios o toma de posiciones propias y adaptadas por la fuerza a la realidad, deberá buscar otras fuentes.

Por ello esto de recordar, volver a pasar por el corazón. El acompañamiento a los pueblos originarios es siempre una opción personal, cara a cara, aunque se pertenezca a una organización pública o privada. Es la victoria de mirar al otro y con él, a los otros de igual a igual, superando cualquier impulso de superioridad. El acompañamiento supone amistad, hermandad y un proceso de escucha activa que lleva en todos los casos a incorporar los deseos libremente expresados por los pueblos.

El camino de “ser con el otro” es un camino de ida, sabedor que no le cambia la vida a nadie. Porque solo los pueblos a lo largo de su historia cambian su realidad en la construcción de un mundo nuevo donde quepan todas las voces. Hermanarse de algún modo con estos pueblos produce tibieza y la comprensión que en nada importa lo que se lleva puesto, lo que se tiene, sino lo que hay en el corazón, que entibia ese pasado, los recuerdos, la memoria activa, y este presente para pensar un futuro sin discriminación y de igualdad.

Estos relatos están fuera de la “doctrina del buen salvaje” de antaño y todavía presente en muchos aspectos de la vida social y política. Son vivencias frente a personas concretas que como todo el género humano tienen virtudes y defectos. No se trata de una aproximación antropológica o etnográfica, ajena a mis conocimientos, salvo las lecturas que a lo largo de los años fui incorporando, en ese mundo nuevo que es la antropología

jurídica. Se trata de abrir la mente a otras formas de ver el mundo sin renunciar a las formas que uno lleva consigo, en el intento de desterrar la discriminación y la mirada errónea del otro.

Los relatos no pretenden totalizar la riqueza de las culturas originarias. Son solo recuerdos vivenciados que si sirven para ver que en el mundo caben todos los mundos, nuestro Gran Chaco Sudamericano, nuestra Patria Grande serán mucho más humanas, y con esa “catanga americana” que expresa el profesor Juan Eduardo Lenscak en el prólogo a este libro que tanto agradezco.

Y en esto de agradecer mencionar a tantas familias wichí, qom, y pilagá que me abrieron las puertas de sus casas y con quienes pasamos horas escuchándonos, en este camino de “enchamigarse” también a dirigentes que han dejado este mundo en busca de ese cielo pleno de caza y pesca que el Creador tiene para sus hijos.

Un gracias con el corazón a los detenidos desaparecidos formoseños, que eran aparecidos, pero caminaron las huellas del Chaco Central acompañando a los pueblos. También a los ex detenidos del terrorismo de estado, que todo lo sufrieron, en esa búsqueda empecinada de la Tierra sin Mal.

¡Por cierto, Formosa es hermosa!. Es una tierra de memorias con gran diversidad de culturas y lenguas. En un territorio lleno de verde, esteros, bañados y monte nativo conviven los pueblos originarios con la cultura guaraníca del este formoseño y con culturas inmigrantes venidas de afuera. La gran tarea es que el proceso de convivencia entre esas culturas sea siempre con diálogo, respeto y con justicia social.

Tierra con memoria y ríos que son caminos, “con gente que da la mano y saluda al sol”, como decía Hamlet Lima Quintana.

Un día quise atrapar una parte de ella en un letra para chamamé, aun inconclusa:

RIO PARAGUAY, AGUA CON MEMORIA.

Vivo al costado de un río
con aire de chamamé,
cultura qom, guaraní
y de ancestros abipones.

Un río que en su camino
lleva memorias del agua,
de sangre de paraguayos
abatidos por la infamia.

Un escondido misterio
de aguas llenas de muertos
por la maldad del Imperio
y la hipocresía del Puerto.
Río que supo de guerra
entre hermanos por destino
río que nos acerca
entre hermanos campesinos.

Un río de canoeros
de redes y manos fuertes
de aquel que solo persigue
llevar el pan a la mesa.

Un río color moreno
de gente humilde y sencilla
que vive dando las gracias
en la mesa de familia.

Vivo al costado de un río
que se que inunda en las orillas
la gente corre a lo alto
con resignación de vida.
Mientras la desgracia crece
canta el ave sus himnos

sin saber de esos dolores
ofrece al pobre su trino.

Desde esta orilla argentina
el Paraguay se divisa
unidos por un abrazo
y una húmeda caricia.

Un río que une destinos
hermanos y Patria Grande
agua de manos unidas
por la justicia y la vida.

EL VUELO DEL HECHICERO

El anciano hechicero cargó su pipa con una hierba del monte y comenzó a fumarla mientras una ensoñación de apoderaba de sus sentidos. A su lado yacía Avelina una mujer de edad que tenía su salud quebrantada. Ella miraba asustada al anciano acostada en el suelo del monte, mientras el *hiyawu*, el chamán canturreaba una tonada milenaria en la lengua del antiguo hombre chaqueño.

En segundos el viejo mago se elevó y desde la altura pudo verse a sí mismo fumando su pipa con su cabeza cubierta con un pañuelo que dejaba ver sus orejas perforadas y adornadas con madera y plumas. Ya había iniciado su viaje a través del mundo espiritual. Cerca suyo en ese espacio aéreo estaban sus dos espíritus auxiliares, que le había dado su padre antes de morir, en un ritual que se extendía de padres a hijos por generaciones. Lo acompañaban en cada sanación, para tener el poder de buscar la voluntad de la enferma y devolverlo a su cuerpo para restablecer así el equilibrio perdido.

Las sanaciones eran realizadas por el anciano en un lugar secreto del monte, cerca de la aldea wichí, el *lewet*. Allí hacia poco tiempo se habían instalado unos aparecidos con sus vacas acompañados de unos misioneros que anunciaban un dios nuevo de quien decían tenía mucho poder y cuya palabra estaba en un libro que solo esos religiosos podían leer.

Su dios no era *Nilataj*, aquel que creó la tierra y el monte que luego el viento estiró, para darles a los hombres primigenios la posibilidad de una vida plena. Este, decían los aparecidos, era un dios todopoderoso que había creado todo lo que existe y quien tenía un representante en este mundo que vivía en un inmenso poblado llamado Roma. Este Dios le había dado el

monte de los wichí a un rey y a una reina que los originarios debían aceptar y adorar para evitar que los maten.

Desde el aire el espíritu del hechicero sobrevolaba el monte. Desde allí podía ver los fogones encendidos junto a las chozas de la gente con un poco de tristeza. Las familias de a poco fueron aceptando a ese dios y el sanador tuvo que huir con su familia al monte para evitar las burlas y el desprecio. También sonreía. Cuando la enfermedad asolaba a su gente casi todos lo venían a ver en secreto, en busca de su sabiduría milenaria.

Cerca del *lewet*, los religiosos aparecidos construyeron un templo con los brazos y los hombros de los originarios. Allí pusieron una inmensa cruz donde el hijo de dios había sido muerto por los pecados de todos. En el día del sol como ellos lo llamaban, allí se juntaban en lo que llamaban misa. A las familias wichí de la aldea las dejaban estar al fondo del templo.

El hechicero volaba con sus espíritus auxiliares por la espesura del algarrobal buscando la voluntad, el espíritu de Avelina que había abandonado su cuerpo. El monte estaba lleno de espíritus malignos que transformaban la noche y la selva de los wichí en un lugar peligroso del que solo se estaba a salvo en la aldea.

Todos los *ahat*, los espíritus malignos eran entidades para temerles y cuidarse de ellos. El más temido, el *Lewo*, la serpiente o arco iris, responsable de rayos y terremotos, los dueños del agua, la serpiente, el *hayaj* o tigre.

Al pie de un inmenso algarrobo encontró el espíritu, el *husek* de Avelina. Estaba escondido en una cueva de Tatú Carreta. El hechicero saltó de un árbol y le dijo:

-Volvé Avelina. No es tu tiempo-.

El espíritu de la anciana tendió su mano al anciano mago y juntos volaron por el monte impenetrable en busca de sus cuerpos. Cuando llegaron, pudieron verse desde el aire. Ella acostada en el piso y el viejo chamán canturreando antiquísimas tonadas de su monte lleno de memorias.

Volvió la salud a Adelina, con los poderes transmitidos por siglos de generación en generación de padres a hijos.

En el pueblo de los misioneros aparecidos había tristeza. La viruela se llevaba muchas vidas o dejaba rostros marcados por su maligno paso. Los *husek* de la gente enferma no sobrevolaban el monte ni se los podía encontrar para devolverlos al cuerpo. El viaje ritual del *hiyawu* no tenía espíritus auxiliares para esos males del alma. Las memorias de la selva de los wichí se llenaron de muertes que ni la sabiduría milenaria pudo sanar.

Comenzó así un nuevo tiempo rodeado de recuerdos de una tierra que se llenó de silencios.

Hiyawu w'ekyaj

Hin'ó wumekfwaj tä hiyawu tachuma lachuthi wet itsäjche latsukw wet hitsuhi t'at pajtha nemhit yahanlhamej tä atofwche latichunhayajay. Atsinha wumekfwaj Avelina imätkatsi tsi pajche tä yillhi nemhit thakajaylhi. Imatkatsi wet tä iyahen wet nowaye hin'ó wumekfwaj, mat hiyawul iwotesa tä t'ichoyhen wet tiljänhen häpe t'at lhayil tä iwoyepoj hin'ol tä iche lhipeyna tällhettsiy.

Tä pajfwaj wet hin'ó wumekfwajna nech'e wiyä tä yäm kaphä wet nech'e lhayw'en tha hitsuhi lachuthi wet lakha ihi wet äp hiw'en tä lach'ote lheley tä hal'ä lhipey wet n'osilatyenej

afwenche w'oley. Pajche mat tä iwoye n'ohusey w'ekyaj. Tä iwoye law'ekyajna wet hiw'en tä iche tefwasno lach'otfwas tä iwot'unfwaya häpehen lhamil tä pajche p'ante lafwcha hiw'enho tä t'ot'ayek yinhila, häp p'ante tä lakeyna tä lafwchalis iwoyeje lales. Lach'otfwasna iwopejt'unfwaya häp lawhäy tä ichesat elh tä yillhi tsi lhamilna tha lhaythatwek wet lhamil yahanej iwoyneje chi hiisyeen m'ek tä niisa häpkhilak elh iches.

Lhip tä ihi p'ante tä lhamil ichesthen iyhäj häp p'ante lhip tä newahi wichi tsi nilhokhiyejt'a wichik iwoyek hiw'en lhenyajna häp p'ante lawhäy tä tsilkas wichi. Pajihyachet'a tä n'amhen lhamil tä w'enhalhamejlä wichi lhamilna ichäjp'ante läläy wet äp tä iche p'ante iyhäj tä ifwenho wichi lhamil lawuk tä w'enhalhamejlä wichi wuhuy wet lawujyaj wet lanohyaj tafwaype nilhokej wichi wuhuy wet tsilak lhamil tä n'ohusewos tä yahanej lawuk lhämet tsi iyahyen lawuk lhämet hi.

Lhamil lawuk khit'a Nilataj, lham tä lhenek honhat wet tayhi wet layalh tha yayhetsi yämthilak nilhokej wichi nilhoke m'ek tä lhamil hiw'en yämthilek latamsekis ihi. Tajna, iwoyetso ahätäy lhayis, häpe lawuk tä lakajyhayaj ihi wet lham tä lhenek nilhokej meyhey tä ipe honhat wet lhip tä matche tä kalelhäj ta matche ta law'et häpe tat Roma. Nowukna häp tä yachaje wichi katayhi häp ahätäy lhayis kaniyat wet niyattsinha wet lhamil tä law'et iwatläk lhamil nokwiyej wet iwunit tsi chi niteyatso wet kalelhäj tä n'olänhihena t'at.

Hiyawu husek weyälhitpe tayhi. Wet tä ikaphä hiw'ene itäs tä iwhäye lawuhuy wukwey wet ifwitajlhi. Wichi nech'e iwotesa tä lhamil tachumlä n'ot'ekanyaj tä nech'e wet nech'e hiyawu yik ilethanho tayhi tsi nowayek iyhäj iläkwlhi. Lak'aj t'ischeyeji m'ek tä hiw'ene. Tä inuhchä n'ot'inhayaj wet elh pej tha weskatety tsi yahanej tä hin'ona ichumyenlhi nohanyhayaj tä tälhettsiy.

T'ot'aye wichi w'et nohusewos ineyhatpa nohusew'et häp tä isej wichi tä yenlhi. Ichufwi hupna hal'ä tä notechaynej hal'ä p'ante nopajtej hin'o lhäs häpet wichi ch'isukwyaj tä tamenej. Tä nichäte lawhäy tä lhamil yenifwala kaifwalaya, lhamil lhayhutwek tä iwoye lanokwhayaj. Lhamil iwahnej tat wichi chi lhamil ilach'oyey n'ohusew'et.

Hiyawu husek lhäy'e lach'otfwas fwiylhitpe fwaachuy tä lhamil t'ukwe notichunhayaj, häpet Avelina husek tä yikch'oye t'isan. Matche tä lhele ihi tayhi tapoyej husey ta niisahen tsilak lhip ta wichi ihi ta is.

Nilhokej ahätlhayis, husey tä fwitses tä iwatläk olhayamhin'ohlä wet onowaye. Elh tä matche tä tanhowatnhan häpe Lawo, amlhätaj tä wujche tä nälepej lafwak, lham tä pelhay lhäy'e layalhtaj tälhe, inätwuhuy, amlhätaj, hayäj wet lhäy'e iyhäj.

Nilhoke Avelina husek tä iyej fwa'ayuk tä wujche lates. Ifwajchet howanaj jäkw. Hiyawu inuhchä tä ihi hal'ä wet yokw:

- Tapil Avelina. Kamaj chi lataj awhäy.

Wet atsinhana lahusek itiye takwey häp hiyawu wet nech'e lhamil weyähän tä nekpe tayhi tä lhamil t'ukwe t'isanis. Wet lhamil hiw'enedy tä ikaphä. Atsinha tisan ifwaj atkatsi wet hin'owumekfwaj t'ichoy t'at tä iten n'otenkay tä tälhettsiy wet äp itichunhayene lawhäyis tä pajche.

Yachajo tä iches Avelina, isej nokajyhayaj tä tälhettsiy tä lafwchalis ichufwenedy lales yämthilak nittäya.

Wuj nofwitatajayaj tä ihi lhip tä n'ohusewos ihi. Chech'etäj ilänhen p'ante wichi ichet iyhäj tä tafwayej tha häpta nemhit iswetha. Lhamil lahusey nemhit yikch'oye lhiptso häp tä tamenej tä hiyawu nemhit yahanej iwoynejek ichesat tsi

hiw'enhit'ahlä. Hiyawu isakanhiyejt'ak iwoye lachumtes tsi lawuhuy ifwihiyet'a wichitso lahusey. Iche p'ante lawhäy tä nemhit hiyawı yahanej iwoynejek ichesthen tsi n'otnhayajay w'enthalhamej nemhit tet iwoye ifwalas tä tsilak lhamej wichi.

Iwotesa lawhäy tä iche m'ek tä iche tha nemhit iche elh chi nitäfwelej wet tä tetso nemhit iche elh chi yenlalhämet'a.

¡ESTO ES PARA USTED DOCTORA !

Audencia caminaba rumbo a su comunidad wichí en Laguna Yema, pensando distraída en el día que había vivido. Era un viernes de un calor sofocante como suelen ser los días de primavera y verano cuando llega el tiempo de las lluvias en el oeste formoseño.

El pueblo wichí desde siglos dividió siempre las estaciones del año en forma distinta a los aparecidos. Lo hacían desde los tiempos de antes con algo de poesía y en una relación vital con su entorno de montes impenetrables. El tiempo lo contaban por lunas. Así las lunas del tiempo de las flores, allá por agosto, la llamaban *Nawup*. Esas flores se transformaban en frutas polinizadas por los aves y bichos del monte, y esa explosión de vida y recolección de alimentos se transformaba en el *Yachup*, el tiempo de las Lunas de la Algarroba. Poco a poco el calor aumentado por el viento norte y las lluvias, posibilitaban el milagro del crecimiento de las plantas que *Nilataj* puso en el almacén que era el monte para alimentar a sus hijos. Y llegaba *Lup*, las Lunas de las Cosechas. Finalmente, cuando arribaba el frío que en muchos años tenía a mal traer a las familias, las noches se hacían difíciles. Era la Luna de las Heladas, *Fwiyetil*. La sabiduría de los antiguos había llamado a esas, sus estaciones del año con palabras descriptivas, llenas de poesía, que explicaban su mundo en palabras antiguas que no daban lugar a error.

Audencia volvía, ya de noche, en tiempos de *Yachup*. De la espesura del sendero que llegaba a su *lewet*, su comunidad, de improviso se le aparecieron cuatro jóvenes aparecidos y la rodearon en medio de burlas. Sin palabras, porque los violadores son de pocas palabras, la forzaron y la emboscada

terminó en violación. Los líderes de su comunidad, advertidos del ultraje cometido a una de sus miembros, de tan solo dieciséis años, la fueron a buscar y con muchas heridas en el cuerpo, y mucho más en el *husek*, su espíritu, la internaron en el hospital.

Los cuatro aparecidos fueron apresados y encarcelados. Poco tiempo después dos de ellos fueron liberados, dijo el juez, por falta de pruebas.

Desde entonces el sendero que lleva a la comunidad de Audencia se despobló de jóvenes aparecidos que en demasiadas oportunidades concurrían a esos territorios para “divertirse” con las mujeres de la comunidad. Es que los cobardes no son tontos.

Meses después, los dos jóvenes detenidos, defendidos por una abogada, debieron concurrir a su juicio oral. Los líderes de las comunidades de Laguna Yema estaban entre el público, en busca de justicia para Audencia.

Cuando estaba por comenzar el proceso, Luis se levantó solemne de su asiento entre el público y sosteniendo un libro en sus manos se dirigió a los jueces:

-Quiero decir que para Audencia y los testigos wichí que van a declarar, es obligatorio que tengan traductor. Así lo dice el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo que es ley de nosotros los originarios. No queremos que estos señores salgan libres porque nuestros hermanos no entienden las preguntas-.

La presidenta del Tribunal lo miró fijamente y pensativa. Inmediatamente dirigió su mirada a la defensora de los aparecidos y con voz firme y quizás, con un poco de ternura le dijo a la abogada que se oponía a viva voz:

¡Esto es para usted doctora!

El wichí lhamtes, la lengua wichí resonó en la sala en las declaraciones brindadas y traducidas, trayendo un poco de comprensión entre dos mundos que no se entienden. Los aparecidos fueron condenados, con las limitaciones de este tipo de delitos.

Años después la decisión de los jueces fue confirmada por la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

EL SUEÑO DE LAISHI

Los qom tomaban en serio los sueños. En ellos se reflejaban las realidades que vivían, y aún viven, a diario.

Fray Pedro Iturralde, llegó al paraje con varios frailes franciscanos menores allá por 1900 y se afincó en la zona dispuesto a fundar una misión destinada a evangelizar a los originarios qom o tobas de la región y enseñarles “oficios”. Julio Argentino Roca le había otorgado casi 80.000 hectáreas para fundar una “reducción” indígena en la región, y otra en Tacaaglé, ambas en la hoy provincia de Formosa.

El líder qom Bustos lo recibió en un gran parlamento con su gente. En esos tiempos los tobas sufrían constantes atropellos y trabajo en condiciones de esclavitud por parte de los dueños de la tierra. Y aceptó instalarse en esas tierras concedidas a los franciscanos.

El otro líder de la zona era Laishí o Laiseq, quien tenía el don de la palabra, y lideraba a los grupos indígenas que se oponían a pactar con el *doqshi*, el blanco.

El no aceptó la propuesta de reducirse en la misión. Laishí soñó una noche de malos presagios rodeada del calor de la región, que los aparecidos, esta vez con hábitos marrones, los dejarían sin tierras y sin animales para la caza.

Los frailes fundaron su reducción. Y establecieron allí un ingenio azucarero y una escuela de internados para los niños qom. Allí las niñas aprendían el único oficio posible en la mirada de quienes los veían como “salvajes”: La limpieza, costura y otras artes que en definitiva las convertían en buenas empleadas domésticas.

Pasaron los años y en la década de 1953 los sacerdotes pidieron autorización para vender las tierras. Recién en 1958 se les concedió esa autorización. De a poco, el sueño que fue la tierra terminó en pesadilla. En los albores del siglo XXI vendieron las últimas hectáreas que quedaron.

Como ocurre siempre, la decisión de Laishí de no pactar con los aparecidos terminó en una pelea entre los desheredados de la tierra. En un enfrentamiento entre esos dos líderes, Bustos terminó con la vida de Laishí, triste destino al que se llegó antes de la fundación de la reducción.

Hoy los descendientes de ambos viven en esa ciudad, San Francisco de Laishí, la que lleva el nombre de quien soñó el despojo, donde aún se pueden observar las ruinas del ingenio azucarero de los franciscanos y un viejo puente que cruza el río.

Sus descendientes saben que los sueños tienen poder en la vida espiritual y cultural de su gente y que el sueño de Laishí presagiaba un destino de ser el último escalón en una sociedad donde finalmente todo se compra y se vende.

EL CONSEJO DEL MORIBUNDO

Memorias de la tierra prometida.

Al costado del Teuc, que los *siwele* llaman Río Bermejo tenían sus campamentos de verano los wichí. Las aldeas se sucedían frente a sus orillas y los hombres celebraban la pesca con sus redes tijera en busca del sábalo, el bagre y a veces algún surubí. En el paraje Tas Tas, las mujeres construían sus chozas en forma de cúpula. Luego de siglos de construcciones en el mismo lugar, la zona del *lewet* era un poco más elevada por el apisonamiento del suelo año tras año. Restos de cerámica son mudos testigos de ese mundo de risas, abuelas contando las historias de los antepasados a sus nietos, hombres danzando con sus brazos entrelazados formando un círculo y una vida cotidiana sin violencia y solo buscando la buena voluntad.

Todo el *tayhi*, el monte, era un inmenso cementerio. Los wichí enterraban a sus muertos envueltos en telas chaguar y no dejaban señales en cada sepultura uniendo de ese modo a sus parientes con la tierra, el almacén que da la vida.

Un día comenzaron a llegar los misioneros anglicanos. Fundaron en Formosa distintas misiones orientadas a la evangelización, y a la protección de las aldeas frente al conflicto con los nuevos ocupantes aparecidos. Así nacieron las misiones de San Andrés, Pozo Yacaré y El Yuto en el extremo oeste de Formosa y, en la zona de Tas Tas, la Misión Esteros.

Esta misión fue el lugar de refugio de los grupos wichí de la zona ante un mundo que cambiaba aceleradamente. En esos aislados parajes la ley vigente era la del más fuerte.

En esos tiempos los enterramientos de los wichí comenzaron a ser señalados por un objeto sobre el terreno, a veces una lata u otro objeto, y finalmente con una pequeña cruz de madera.

Lusa pertenecía a la parentela wichí de los ribereños del Bermejo y había nacido en libertad allá por la década del 20 suponía su familia. Por esa época los originarios wichí no eran ciudadanos argentinos, ni siquiera tenían documento de identidad. Su madre Arcelia, era hija de un *niyat* un líder wichí renombrado en los parajes del monte: *Afwenche*, Pajarito en la lengua de los aparecidos.

Su infancia se vio rodeada de disputas con los *siwele* que llegaban de todos lados a ocupar la tierra que ellos habían recorrido durante siglos. En esos itinerarios por la espesura del monte, se afincaban en “campamentos” de invierno y verano. Eran tiempos de persecuciones, de disputas y de un abismo de incomprensión de dos culturas que no podían entenderse.

Los padres de *Lusa* habían trabajado, junto a los pilagá y los gom en la construcción del Ferrocarril, el Ramal C25 que atravesó de lado a lado el Territorio Nacional de Formosa y a cuya vera se conformaron pueblos a los que sostenidamente las comunidades ribereñas fueron migrando buscando mejores condiciones de vida.

Allí nació Ramón y en esas soledades transcurrió su infancia, en la espesura del *hayaj* -el yagureté- - y de peces en abundancia Su padre *Lusa* era un fornido pescador del Bermejo y su madre Yolanda le narraba el mundo de los wichí para que sea transmitido a sus hijos y así hasta el final de los tiempos. El lugar era un monte impenetrable al que un día llegaron aparecidos y alambraron un enorme territorio en el que ya la gente no pudo cazar. Los aparecidos decían que el

nombre de su grupo era Bunge y Born. Por esas soledades cuentan que se escondió en algunas ocasiones Segundo David Peralta, alias Mate Cocido, un famoso bandolero anarquista, amigo de los pobres y desheredados de la tierra. Así lo apodaban por una herida que tenía en la cabeza.

Las disputas por el territorio, las persecuciones y el hambre provocaron de a poco el éxodo de algunas de las aldeas de pescadores hacia los centros poblados, en particular los de la ruta nacional 81 en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. Al final de la década del setenta partió Ramón con su familia rumbo a Las Lomitas en busca de una nueva vida.

Allí quedaron, en Tas Tas, las tumbas de los antiguos, las ruinas del templo anglicano con sus horcones de madera, los sitios de asentamientos milenarios, y la memoria de la selva impenetrable que los vio nacer a orillas de las barrancas del Bermejo, mudo testigo de ese mundo que estaba cambiando en forma acelerada.

Muchos años después Ramón se sentó al lado del camastro en que su padre *Lusa* se aferraba a sus últimos momentos de vida. Lo invadía una tristeza infinita pero no lo demostraba, salvo por sus ojos apagados y tristes. Acaso su pensamiento estaba puesto en la tierra que lo vio nacer. Desde tiempos ancestrales los wichí han controlado sus sentimientos, al menos por fuera.

-Hijo- le dijo en un susurro acercándolo con un abrazo.

-Tenes que juntar nuestra gente y volver a la tierra de los antiguos, a nuestro monte y a nuestro cielo lleno de estrellas. Ese es nuestro hogar. Allí están nuestros peces, los animales y los frutos que nos dan la vida. Te encargo recuperar lo que es nuestro -.

Las palabras del anciano *Lusa* eran un *wit ole*, el consejo del moribundo. La misión encomendada de regresar a la tierra prometida era un mandato que Ramón no podía rechazar. En la espiritualidad wichí, no aceptar hubiera vuelto el consejo en su contra y convertido en una maldición.

Esa misma noche, el anciano dejó su monte y con el pensamiento puesto en el río de su infancia, murió.

Así, en los primeros años del tercer milenio, las familias de ribereños del Bermejo caminaron de regreso a la tierra de los antiguos, desde esa Babilonia en la que vivían. distante a unos ciento treinta kilómetros de los lugares de la infancia y la llamaron Afwenche, en honor al abuelo de *Lusa*.

Reencontraron las ruinas de su templo de la misión Esteros y con la ayuda de profesionales solidarios identificaron las tumbas de los antiguos para obtener ADN para compararlo con los niños actuales, signo de pertenencia a ese lugar hoy ocupado por aparecidos. Los wichí querían dar testimonio de su linaje para obtener la propiedad colectiva de esas tierras.

El río Teuc se pobló nuevamente de pescadores y la selva se reencontró con las memorias de la tierra en una lengua que siempre entendió.

Hin’o tä y’ilt’at lachufwenyaj

N’osilätyaj tä yämeje honhat tä ihichela

Tä iwhäye Tewok, tä ahätäy lhayis yen lheyä Rio Bermejo, iche wujpe hupuy tä wichi wukwey häp lawhäy tä nahayhos. Wichi ifwasche t’at tewok lhip wet hin’ol yike w’ahat sich’us wet

päsenaj iche tä afwukwnha. Iche lhip t'at tä lawuhuy yenlheyä Tas Tas, atsinhay hitsufwyenchehchä lawukwey. Tä pajche tä wichi wet nech'e honhat atofwpä wet nech'e näl tä wichi w'et. Iche meyhey tä hinälit tä pajche tä wichi ihi lhiptso tejta lapak newahi tha kalelhäj tä yäme t'at tä han atläk wichi w'et, äp te iche t'at atsinhawumhayhas tä yen chumeta tä ifwenhomche lachetsos m'ek tä lhamil lakeyis, hin'ol ta ifwalas ta tsilak t'at ta lhamil yen lakeyisa ta itsokomche tackwech'ol tä lhayt'olnhatlhi tä t'ukwe m'ek tä lhamil isiyeja lhäy'e notichunhayaj tä t'uhawetej.

Nilhok tayhi, häpe t'at nopitseyyeyw'et. Ifwalas ta pajche wet wichi tajänlä elh pitsek wet yäm matche tä atofwchä tha hip'ajtej elh kameyhey wet ta tetso wet nemhit kalelhäj chi iche p'ante elh n'opitsek chi n'otjänlä, lhamil yokw yäpilet lhip tsi honhat t'at n'oelh tefwaji.

Ifwala tä häpe wet nämhen anglicanos, nohusewos. Lhamil yenchelhi p'ante nohusew'etes ta ihi Formosa tsi lhamil nowayejpe ahätäy lhayis chi neke wichi tä istunpe lhamil law'etes. Nech'e iche p'ante lhipey kalelhäj tä häpe p'ante San Andres, Pozo Yacare wet E Yuto tä tumej Formosa lhipna tä tafwofwyhi wet Misión Esteros tä tumej lhip tä Tas Tas tumej.

Lhip ta n'ohusewos hiw'enho wichi häp tat ta wichi isej tsi lafwunyaj ihi tejta wujpe m'eyhey ta iche tha wichi latamsek ihi tat. M'ek ta matche ta näl ta laha ihi ta iche lhipeyna häpe tat wichi iyhäj keyis ta n'olänejen wichi.

Lawhäyistso häpe p'ante ta iwotesa ta n'owotetnekayej lhip ta n'ot'o ihi, m'ek ta wichi hiw'en ta t'uhawetej chi n'oti'pe häpkhilak elh pej ta häpe nech'e yahanej ihi, ta paj p'ante wet nech'e hal'ä thip tä n'omäyhnho elh.

Lusa häpe p'ante wichi ta tewok elh Bermejo lhele wet law'et yäme tha iche p'ante ta nekchä 20. Lawhäytso kamaj wichi häpkhihent'a p'ante iyhäj ta law'et lhipna Argentina, tsi lhamil

hiw'enhit'a p'ante n'olheyis hi ta yakalelhät elh ta häpe wet lhip ta law'et. Lako hápe p'ante Arcelia, niyat ta matche ta wichi nitäfwelej häpe p'ante ta lhäse lhey p'ante Afwenche wet ahätäy lhayis yokw Pajarito.

Ta kamaj nithaläkwa wet hiw'en p'ante t'at ahätäy lhayis ta neke wichi w'etes ta lhayen lewuhuya, häp honhat ta kahanakhiye ta wichi lunwet. Lawayistso ahatay lhayis wet wichi lhamil tachump'antepe honhat elh tefwaji näyey t'at honhat tsi yahanej ta lawuk wet ta newache elh chi nitäfwelche mek ta elh tichunhayaj wet nech'e lhaletayhfwat tat.

Lusa w'et häpe p'antet elh lhamil ta tachuma n'äyij ta n'oyenlhi ta nekho Formosa kahonhat, wichi ta iche n'ochumetna wet lhamil t'ayey p'ante tsi yenek nech'e isila m'ek ta iyej lhamil, häp ta tamenej ta lhamil law'etes nech'e t'ot'aho näyijna.

Ramon nichätihchä lhipeyna häp honhat ta hayäj lhayen at lawukwa tayhi wet wuj p'ante w'ahat ta ihi tewokw, lafwcha Lusa häpe p'ante elh ta w'ahat kot wet lako Yolanda häpe p'ante atsinha ta yahumin p'ante ta ifwenho lhäs häp meyhey ta iyej wichi yak nämeyna. Honhat ta lhamil ihi häpe p'ante lhip ta tsajpe paj p'ante ta namhen ahätäy lhayis wet lhamil ilafwlhi pajta nemhit lanäyhäy ihi wichi ta ilunhen. Ahatay lhayistso häpe p'ante Bunge wet Born lhayis. N'oyämetha hin'o ta n'oyokw Segundo David Peralta, ta n'oyen lheya Mate Cocido häp p'ante ta äp iche wichiw'etes ta iletanlhi tsi häpe elh ta awitäyhtsaj wet isej ta yen kalayisa iyhäj ta p'alitsej wet ilethanwethä. Hin'otso tha n'op'ante taj lhetek tha häp ta chi äp y'il.

Ta noyokwos wichi wet ap n'olafwlhi honhat wet häp ta tamenej ta nemhit iche mek chi wichi isej ta tälho tayhi wet tewokw, nech'e yikhen wichi ta ituyey lhipey ta ahätäy lhayis ihi tsi yenek häp ta n'ochumet ihi wet lhamil isiyeja m'ek tä ihi

lhipeyna. Ramón lhäy'e law'et lheley yikhen p'ante ta ituyey Lomitas tsi t'unläk iche m'ek ta isej lhäy'e law'et lheley.

Wet nech'e Tas Tas tso tha tsilak at n'ot'olis ta ihi, n'ohusew'et w'et, wet iyhäj meyhey ta yakalelhät ta wichi w'et ta pajche, honhat, tayhi tewok yokw tam tsi wichi yikhen nemhit tewoye ifwalas p'ante näl ta wichi tat ta law'etes lhipeyna.

Lawhäy ta häpe wet Ramon yahoho lhip p'ante lafwcha Lusa imähi lawhäy ta ileyey t'at honhat. Matche ta wuj p'ante m'eyhey ta nitichunchehlä tejta ninämayejphä tha itpe tatey ta lafwitajayaj ihi. Latichunhayaj ihi ta hiw'en lhip ta nichätinchä p'ante. Talhettsiy ta wichi yahanej ta itilhamhi m'ek ta iläte ta tumho lach'owej.

-Yäs- Iwoyetso ta tahucho lhäs ch'ote.

-iwatläk lahutwet wichi wet amil latapiley lhaw'etes p'ante, tayhi wet pule ta katetsel ihi. Häp ta lhaw'et. Häp ta w'ahat wet itshätäy lhäy'e hal'ä lhay ihi wet hiw'enho lawatshanchejay hap wichi. Owatläk lachutetej ta lanachaj m'ek ta n'alewuhuy-

.

Lusa elh ta thaläkw lhämettso häpet n'olhämet ta hinäyey lhäs, lawit'ole, ta kamaj wet iläyhyhaji häp ta ifwenho lhäs. Lhämettso matche ta laha ihi wet chi elh niwoyaye wet äp lawit'ayhyaj t'at häp ta chi iche elh chi n'olhämet iyej wet iwatläk iwoye.

Honajchetso wet hin'owumekfwajtso ileyey honhat tsilak latichunhayaj ta imälhehi honhat ta nichäthihchä p'ante.

Pajich'eta ta wichi lhayis yäpinhomche law'etes p'ante wet lhamil yenlheyä Afwenche tsi lhamil nitichunche lhamil lachäti Lusa.

Lhamil nichäte lhipey p'ante law'etes wet tsilak at hupuyw'etes wet lhamil ta ahantses wet tach'ote tsi kamaj kalelhäj n'ot'olis

ta ihi lhiytso tsi iwatläk n'otetshanej n'atfwas w'oyis chi yiwitej häp n'op'itseyhey ta ihi lhiptso wet kalelhäj ta wichina law'etes tejta ahätäy ihi ta iwatläk yachaje wichi tsi lhamil ta latetsel p'ante law'etes. Ta kalelhäj wet nech'e wichi t'alhe chi n'ow'enho lach'a ta yäme ta lhamil ta law'etes.

Tewok wet tayhi yachajo ta äp nopakas ta pajche p'ante tumhopej nech'e äp tumho. Wahat kotses wet lhamil ta yike meyhey ta ihi tayhi nech'e äp pitsaje ta tumpe lhipeytso.

EL LUGAR DONDE CAYÓ EL RAYO

Un relato de la dignidad wichí.

-Vos no podes vender alcohol- le dijo Bilardino al bolichero criollo en el mostrador de su almacén.

-¡Yo vendo lo que quiero!- contestó el aparecido con un aire de superioridad mal disimulado.

Bilardino el wichí entrecerró los ojos sin perturbarse ni perder la compostura de su gente. Su pueblo ve la ira como una enfermedad del *husek*, el espíritu que es contenido por el cuerpo. Enojarse es ser *fwitsaj*, furioso.

-Estas envenenado a nuestros jóvenes—replicó. Si no dejás de vender te vamos a echar de la comunidad. Esta tierra es nuestra- advirtió, y sin más se fue del almacén.

Bilardino era el líder de la zona, poblada desde tiempos ancestrales por una parentela de grupos ribereños wichí al que las demás comunidades llamaban *Phamlheley*, Arribeños del Pilcomayo. Esa zona forma un triángulo con el Paraguay de un lado y el este salteño del otro.

Los ribereños se habían organizado en varias aldeas bautizadas con nombres criollos desde hacía décadas: Santa Teresa (*Hala Ta Tho*), Campo del Hacha (Hosan Thowajhek), El Breal, San Miguel (Pethay Tajnwet) , Pozo La Chiva, Barrio Solari y la aldea de Bilardino, María Cristina. Los wichí la llamaban Siwajuichat, el lugar donde cayó el rayo. Quien sabe hacía cuantas décadas se había producido la descarga, pero quedó en la memoria oral y terminó imponiendo su nombre a la aldea. El lugar fue llamado por los criollos “María Cristina”, en recuerdo de la hija de un español que llegó en las primeras

décadas del siglo XX con carretas llenas de campesinos pobres a colonizar las tierras de los wichí. Allí comenzó todo.

Los fenómenos naturales para los wichí tenían un sentido ominoso. Llamar al lugar como aquel en que cayó el rayo pretendía congelar en un instante algo no querido, inesperado y asociado a lo *ahat*, lo negativo. Del mismo modo, el arco iris también era visto con preocupación al ser considerado una serpiente o una lagartija, el *lewo*. Y la lluvia y el rayo tenían ese sentido ominoso de la serpiente más temida que era un ser del agua.

El bolichero criollo había cruzado desde el Paraguay y se había asentado en el corazón de la aldea. Trajo consigo a su esposa a la que describía orgulloso como canadiense, a pesar de sus rasgos acriollados. Allí abrió un almacén desde el cual llevaba “cuentas” a los wichí, donde anotaba los alimentos y mercadería general que les entregaba, números mágicos en que los lugareños siempre salían perdiendo y debiendo cada vez más. Prosperó y abrió un bar y comedor, donde solo se podía degustar milanesas con papas fritas y huevos, gaseosas de incierto origen y por supuesto cerveza y vino. También, a escondidas, vendía alcohol medicinal, en envases herméticos de plástico, con el cual los jóvenes preparaban una bebida que llamaban *cachurí*, mitad agua mitad alcohol y a veces mitad jugo de frutas. Esta práctica preocupaba a todas las familias wichí que entendían que desde allí se perdía la buena voluntad.

Bilardino salió del almacén y reunió a los líderes, *niyatey*, y a los principales dirigentes de la zona para que expresen su pensamiento sobre cómo solucionar el problema del aparecido, *ahatay*, que le envenenaba la cabeza a los jóvenes. En ronda, cada líder se ponía de pie y expresaba su pensamiento. La segunda ronda la constituían las mujeres que

aprobaban o reprobaban las palabras de los hombres. La palabra para ellos era la expresión de su pensamiento. Y su lengua, el *wichí lhamtes*, un signo de identidad cultural.

Nadie hablaba por hablar nomas. Esos pensamientos volcados en común se transformaban en un pensamiento colectivo, *othamil othichunhayaj*. Ya habían intentado con la policía, pero nunca hubo una respuesta concreta. Los policías eran también criollos y la palabra *wichí* cotizaba a la mitad. Hablaron hasta tarde en la noche, como siempre, sin interrumpirse uno a otro. Y tomaron su decisión.

Tres días después, el criollo comerciante advirtió con sorpresa que su bar se llenaba de originarios. Su esposa canadiense entro temerosa y le contó que afuera había muchísimos *wichí* quienes serenos pero muy serios habían comenzado a desarmar su cerco.

-Venimos a decirte que nuestro pensamiento es que te vayas de nuestra tierra- le dijo Bilardino con tono pausado y sin levantar la voz.

-No me voy a ir- respondió el aparecido, tratando de aparentar estar muy seguro de si mismo.

-Tenes tres horas para irte- advirtió Bilardino. –Sino te echamos nosotros y perdés todo lo que tenes agregó con mirada seria y una entonación que no dejaba dudas de que debía tomar el consejo en serio.

En esas horas siguientes el criollo cargó sus cosas en su camioneta y con la ayuda de otros criollos se llevó sus muebles, su bar, su almacén. Exactamente en tres horas. Vano fue el intento de los dos policías del lugar de convencer a la gente. La tierra era *wichí* y ellos habían tomado su decisión.

Apenas se fue el bolichero en su vieja camioneta, con su esposa canadiense cargada atrás, los wichí desarmaron esa casa y el bar, madera por madera, chapa por chapa, horcón por horcón, y limpiaron el terreno hasta tal punto que no se notaba que allí había existido una construcción.

Desde ese día la mirada de los wichí se notaba más altiva, había sonrisas y la calma volvió a la aldea.

Había vuelto a caer el rayo, pero esta vez como un presagio esperanzador y justiciero.

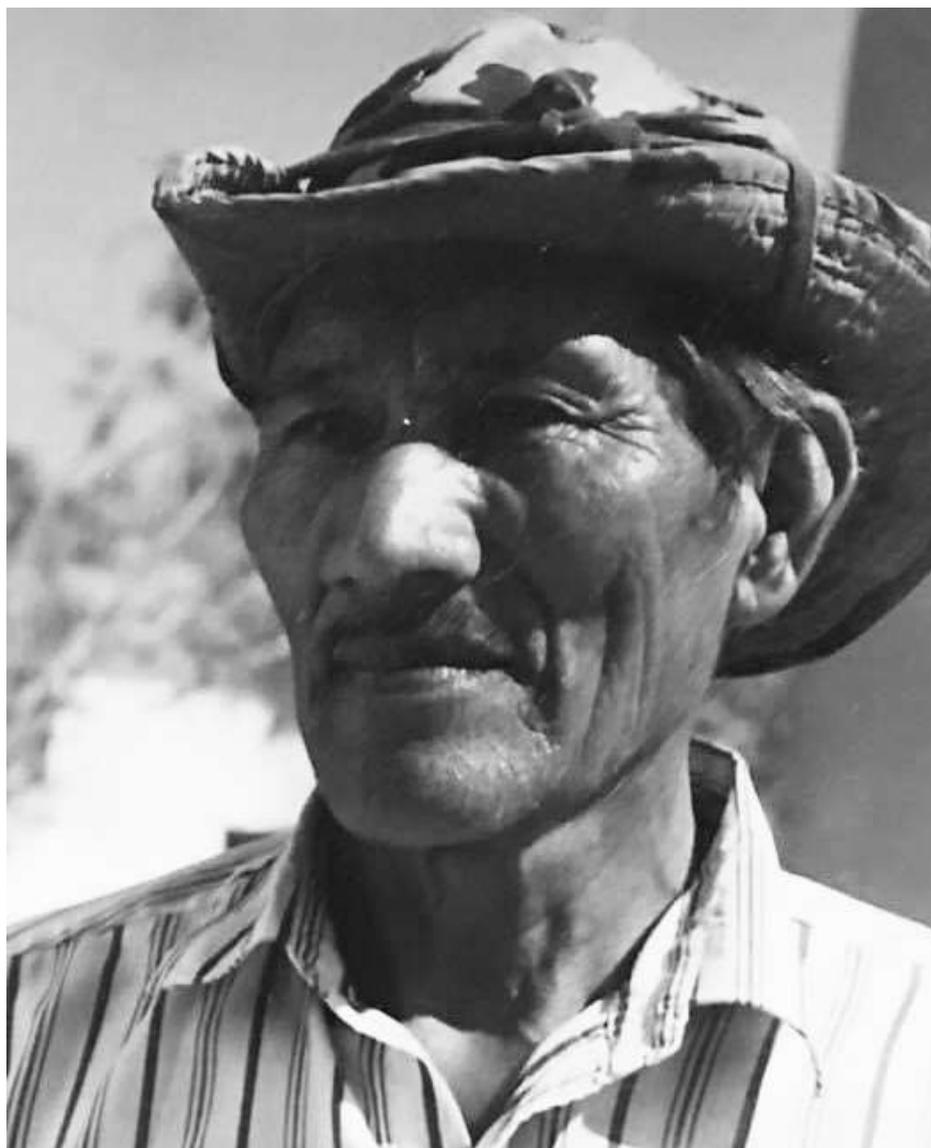




Foto: Gustavo Molfino



Foto gentileza



Aníbal



EL LORO ATRAPADO

Las mujeres sin derechos.

Una mañana fría de fin del invierno, Lucía se vestía en su habitación. Trenzaba su larga cabellera renegrida en una sola trenza que recorría su espalda hasta la cintura.

Madre de siete hijos, se había juntado con Cuellar hacía dos años, un criollo con carácter irascible y violento que la tenía a mal traer.

Lucía pertenecía a la Comunidad Wichi Elé Nahá “Loro Atrapado” distante unos seis kilómetros del pueblo. En los tiempos de antes, en el *yachep*, la estación de la maduración de la algarroba, un grupo de mujeres wichí mientras recolectaban, encontró en un árbol un loro que había quedado aprisionado de una pata en un gran algarrobo y allí se asentaron, en un extenso territorio que incluía en las primeras décadas del siglo XX el paraje “Pampa del 20” y posteriormente, en la década del 30 la “Colonia Francisco Javier Muñiz”, una reducción indígena creada para asentar definitivamente a los wichí de una franja del Río Bermejo. Habían sido llevados allí por el Ejército, alejándolos definitivamente de su Río Teuc y de la posibilidad de la pesca, para liberar la zona a la empresa Bunge y Born. Allí durante décadas trabajaron de sol a sol sembrando algodón, cuando Formosa era aún un territorio nacional, en una relación en la que pocas veces cobraban.

Allí se crió Lucía al cuidado de Celia, su madre, en su monte de promesas postergadas. De niña escuchaba las historias de ese río caudaloso y de altos barrancos, donde su gente armaba su “campamento” de verano. Contaba la abuela que antiguamente, toda el agua del mundo estaba encerrada en un árbol, un gran yuchán (palo borracho). No existían los ríos. En

el árbol vivían todos los peces. Por eso la gente vivía cerca de el, festejando la pesca, con arco y flecha. Un día llegó Tokwaj, el tío travieso, convertido en perro y comenzó a comer pescado. De todas las familias lo echaron porque era un perro muy feo. Los ancianos pensaron que podía ser Tokwaj y decidieron no correrlo y esperar. Al día siguiente, Tío Travieso estaba allí y el perro no. El aparecido hizo su propio arco y flecha y se dispuso a pescar. La gente tenía miedo que pesque un enorme dorado que había en el Yuchán que no debían pescar. Apuntó al centro del añoso árbol y atravesó el majestuoso pez con una flecha. Pero el pez era grande y se movía violentamente por el árbol golpeando sus costados con su poderosa cola, hasta que rompió el tronco que lo contenía. Así se escapó el agua que era de *Fwichilaj*, un espíritu y su hijo. Ellos con una vara marcaban el camino del agua que salía sin parar del viejo árbol. Uno caminó con la vara por el norte originando un río, el Pilcomayo. El otro por el sur, formó el Bermejo. A *Tokwaj* lo corrió el agua y avanzaba a los saltos de un lado a otro. Por eso si uno ve esos ríos, tienen muchas curvas, porque el siguió ese camino, y como estaba preocupado daba muchas vueltas. Tío Travieso alteró la pesca que antes estaba en el árbol, y desde entonces los wichí debieron buscar el pescado a lo largo de las orillas de los ríos, con sus redes con forma de tijera. Así contaba la abuela que se formaron los ríos que dan la vida.

Lucía se había hecho fama entre las mujeres *siwele*, las criollas del pueblo, como curandera, en especial de señoras de buena posición económica que recurrían a ella en especial por “amarres” de amor. En esos menesteres había progresado y se había construido una casa en el pueblo y comprado una moto que utilizaba para llegar a su comunidad todos los días para cuidar sus cabras.

Don Cuellar era un celoso de esos con el golpe de puño a la mujer y el cinturón siempre preparado y era de la convicción que golpear a Lucía y celarla era una forma de “demostrar amor”. Innumerables veces la había golpeado a ella y a sus hijos e hijas que la vida y los amores de la tierra le habían dejado. Incluso un día la corrió por el pueblo con un cuchillo en mano intentando matarla. En esas soledades las mujeres no sabían que existía eso que los blancos llamaban “derechos”, una palabra que no tiene traducción en la lengua de los wichí.

Las mujeres originarias del Gran Chaco cuando forman familia llevan a su hombre a vivir en su comunidad, en el círculo de casas de su familia extensa, para estar a salvo de la violencia en medio del cuidado de los suyos.

Hacía frío y mientras se miraba al espejo se tomaba el vientre y sonreía. Estaba embarazada nuevamente. Los hijos son siempre un don y acompañan en la vida.

La ensoñación se cortó abruptamente.

- ¿Dónde vas tan arreglada? - bramó el criollo con esa mirada que presagiaba paliza. Las innumerables veces que la había golpeado la pregunta era la misma. Incluso aquella vez que perdió un embarazo producto de esos golpes.

-A Muñiz en la moto- contestó la curandera sabiendo que allí terminaban las palabras. Sin decir más Cuellar empezó a golpearla. Mientras corría hasta la entrada de la casa, Lucía tomó una pistola que el criollo tenía en un ropero. Llegó hasta la moto y sintió un golpe en la espalda y en un instante se vio disparándole tres tiros que despenaron al hombre en ese instante.

Se sentó en la puerta de su casa con la mente en blanco y llena de temores. En minutos la casa se llenó de policías y Lucía cambió la libertad por una celda en la cárcel del pueblo.

En los meses que estuvo presa, las mujeres criollas del pueblo la visitaban y desde allí ejercía sus tareas para garantizar el amor. En esos tiempos fue la única mujer originaria detenida en todo el país. También encerrada tuvo a su hijo.

Una mañana se puso su mejor pollera multicolor, trenzó su pelo y se sentó frente a tres jueces siwele a contar su historia. La potencia de la declaración de la mujer, contando uno por uno los golpes recibidos a lo largo de dos años tensaron la sala de audiencias. Los jueces pidieron a la comisaría todas las denuncias que ella había hecho, al juzgado del pueblo y al Hospital. Y allí estaba la inactividad de siempre. Todo estaba allí. “Exceso en la legítima defensa” dijeron, y le dieron por cumplida la condena por los meses que llevaba detenida. Dijeron los magistrados que si todos hubieran cumplido con su deber, el criollo estaría vivo. Poca justicia para la mujer indígena que se animó a volar, a defenderse.

Allí volvió Lucia con sus hijos, con sus cabras sabiendo que nunca más permitiría que la golpearan.

Las mujeres golpeadas son un loro atrapado. Del miedo, de la inminencia, del dolor. Muchas viven en una jaula con la puerta abierta pero la vida sin derechos impide el vuelo.

A partir de ese día Lucía voló libre, ejemplo para las mujeres de su comunidad.

¡PRESTAME A TU SEÑORA !

Un relato del sendero de los Nivaclé.

Inaa recorría el sendero que separa el “barrio Nivaclé” de la entrada del pueblo de Laguna Yema. Todos los días atravesaba ese camino para ir a hacer changas al pueblo y así alimentar a su extensa familia. Hace muchos años, junto a varias familias nivaclé había llegado del Paraguay buscando mejores condiciones de vida.

En la memoria colectiva de su pueblo Laguna Yema era la Tierra Prometida. Cuentan los abuelos que allí existía en los albores del siglo XX una gran comunidad nivaclé y que incluso el más renombrado de sus dirigentes, el gran caavanclé, era el líder de la zona, separada de la margen opuesta del Pilcomayo por una extensa franja de territorio que los wichí llamaban “el sendero de los Asowaj” (Nivaclé), o “chulupies” como los bautizaron los chaqueños.

Era la zona por donde los cazadores iban y venían del paraje de Estero en el Paraguay cuando el territorio era todavía libre.

Habían pasado los años, pero en la memoria colectiva tanto de los vecinos wichí como de los propios nivaclé, esa franja de territorio todavía estaba marcada nítidamente. Casi sobre el río que los wichí llamaban “*Teuc*” se establecían las aldeas nivaclé. Eran un círculo concéntrico de chozas cupulares cuya construcción era trabajo de las mujeres. Cuentan los ancianos que las relaciones con los wichí pasaban por períodos de armonía y a veces de guerra. El líder de sus vecinos wichí se llamaba Yemú, y su nombre resonaba entre los ribereños del Bermejo.

Un día de principios del siglo XX cruzó el río un enjambre de soldados y los nivaclé y los wichí se aliaron para la guerra. Allí

quedó como mudo testigo el cementerio de los caídos que hoy se encuentra dentro de las defensas de la Laguna Yema. Los nivaclé tomaron su sendero y derrotados huyeron con rumbo norte hasta cruzar el Río de los Pájaros, que los incas llamaban “Pilcomayo”.

En la margen norte del Pilcomayo las familias nivaclé fueron evangelizadas por una orden de curas católicos llamados Padres Oblatos. Los nivaclé más montaraces trabaron relación años después con los menonitas. Por eso fueron los únicos originarios del Gran Chaco Argentino que abrazaron la fe católica, sincretizada con la cultura propia.

Siempre quedó en su memoria ese sendero: décadas después las familias nivaclé comenzaron a volver a la tierra de los antiguos y entre otros parajes se instalaron a la vera del pueblo de Laguna Yema, una deformación del nombre de aquel líder wichí, Yemú, que supo defender a su gente.

Al costado del sendero en dirección al pueblo por el que Inaa caminaba, tenía su casa un “samtó” (blanco de pelo negro) Don Juárez, un criollo de edad inescrutable que oficiaba de curandero. En su casa sobre una mesa tosca de algarrobo había armado su “altar” con una figura de yeso del Gauchito Gil, el santito de los pobres del enorme Chaco Gualamba. A su lado infinidad de velas, estampitas de santos diversos y las infaltables cartas de un ajado mazo criollo. Hacía mucho tiempo había enviudado y desde entonces solo atendía a sus pacientes en aquellos momentos en que el alcohol no superaba la posibilidad de sus adivinanzas y pases mágicos para hacer “trabajos” para el amor, la salud, la buena suerte o la maldición. También para deshacerlos, menester para el cual era realmente más buscado.

En sus días de abrazo al vino, a Don Juárez le pesaba la soledad, que no alcanzaba a menguar la vecindad de su hijo mayor Audencio, el único que seguía viviendo en la zona. Los otros cuatro habían partido buscando mejores vidas y conchabos en distintos parajes de la región.

En compañía del vino, el curandero se ponía a veces pesado y pendenciero. Sus vecinos y particularmente los nivaclé, lo evitaban para no tener problemas con el ni con la ley. ¡Triste vida la del pobre al que la soledad de los parajes del monte del Chaco Central le pesan en los momentos de debilidad!

La familia de Inaa provenía de los “tovoc lhavós”, los pueblos del río. Desde antiguo la obtención de alimentos se vinculaba con el río donde armaban trampas con palos para los peces y luego los ensartaban con una lanza corta. Otras aldeas nivaclé asentadas en el monte eran los “yita’a lhavos”, los pueblos del monte.

Mientras recorría el sendero que lleva al pueblo, Inaa acariciaba recuerdos de la aldea de su infancia. Su abuela le relataba la historia del Hombre Luna, Welá, el creador del monte, los animales, los ríos y el padre de los primeros nivaclé. Muchas noches alrededor del fuego la abuela atrapaba historias mientras miraba el infinito recordando vaya a saber uno que momentos vividos. - Luna era un hombre – decía la abuela. -Un día se fue a los cielos y desde entonces todas las noches está en ese mundo. Se pueden ver las manchas en su cara, esas manchas oscuras y muchos agujeritos. Un día antes de irse al cielo, Luna sacudió un gran árbol y de sus hojas cayeron muchos piojos que le picaron la cara. Y quedó con la cara marcada-, contaba riendo junto a sus nietos mientras les contaba esas historias que eran la transmisión oral del mundo nivaclé.



Foto: Gustavo Molfino

Inmerso en sus recuerdos Inaa avanzaba por la huella que lleva a Laguna Yema, cuando de improvisto se le apareció saliendo detrás de unas plantas el anciano curandero. Con palabras estiradas por el alcohol le gritó: - ¡prestame a tu señora! -. Inaa asustado por la repentina aparición del viejo mago, a quien temía, apuró el paso, mientras don Juárez repetía; -¡Dale chulú!, ¡prestame a tu señora!, ahora llamándolo por la abreviación de “chulupí”, como llamaban los samtó a su gente.

-¡Si ella quiere!- Contestó Inaa apurando aún más el paso. Sintió un ruido atrás suyo y antes de poder voltear a mirar recibió un fuerte golpe en la espalda que lo hizo caer al suelo. En su caída rodó y quedó tendido boca arriba en la oscuridad del sendero. En un instante el anciano estaba sentado sobre su vientre ahorcándolo con sus dos manos. Conservaba el brujo aún la fuerza de antaño.

Inaa sentía que la vida se le iba por la falta de aire. - ¡Prestame a tu señora te dije indio sucio! le recriminaba mientras apretaba aún más el cuello del nivaclé.

El sendero estaba oscuro por las nubes que presagiaban tormenta. Ya casi sin vida, Inaa pudo ver a Welá en un pequeño claro del cielo, que iluminó el lugar tenuemente, con ese gris plateado que solo la Luna llena puede pintar en el monte. El curandero se distrajo un momento mirando ese cielo y gracias a esa luz Inaa pudo ver un cuchillo en la cintura del anciano. Fue suficiente. Las manos de mil cosechas en los Ingenios azucareros del nivaclé, con sus patrones napi yishiyán Ihpeso (los que mezquinan el dinero), atrajeron al brujo hacia su cuerpo. Con su brazo izquierdo lo aferro contra sí y con el derecho le sacó el cuchillo de la cintura. Dibujó un arco en el aire que fue a parar en la espalda de Don Juárez. Cayó de lado con el cuchillo entre dos costillas cerca de la columna vertebral y allí quedó, con los ojos sin vida mirando la Luna.

Inaa se levantó y mientras caminaba hacia la comisaría a entregarse pensaba en Welá que le había salvado la vida. Meses después fue liberado por eso de la defensa propia, por tres jueces samtó y Audencio, el hijo del viejo mago, quienes nunca se enteraron que Luna, el padre de los primeros humanos, el que habita en el mundo del cielo, defendió a su hijo nivaclé plateando la noche.

ANSELMO EL RECOLECTOR DE MIEL

Un relato en las soledades del Gran Chaco.

Anselmo caminaba monte adentro en las soledades del Gran Chaco.

Con sus setenta años “meleaba”, recolectaba miel que obtenía confundiendo a las abejas con el humo de un palo encendido. El fuego lo preparaba al costado para que las abejas no lo ataquen. Ese fuego que a los antiguos le había dado *Jualá* enojado. Vano intento, había sido picado por las abejas inmemoriales veces desde niño, en los tiempos de antes, cuando señoreaba el monte junto a los suyos trasladándose entre campamentos de invierno y de verano.

El anciano era un *taylheley*, un wichí del monte. Los wichí, simplemente la “gente”. El monte y sus habitantes eran sus aliados. Las enseñanzas de sus antiguos, cazadores, le enseñaron a entender el lenguaje de los *afwench'ey*, los pájaros, con sus silencios cuando se acercaba un peligro, sea un yaguareté como lo llamaban los criollos y paraguayos, un puma o un grupo de aparecidos. Los ancianos relataban que las aves les avisaban con esos silencios o con sus gritos y vuelo en bandada cuando se acercaban los soldados aparecidos. Pariante de las aldeas del río, su dureza era especial por la hostilidad del ambiente que lo rodeaba pero que a pesar de sus peligros era su territorio y su hogar.

Con las primeras luces del día partió del *wichí-w'etes*, su aldea, con el recorrido que haría en su pensamiento. Imaginó un camino para no perderse en la espesura como le había indicado a su mujer. Iría desde el *wichí-w'etes* hasta “Paraguay Muerto”, ese lugar misterioso donde años atrás encontraron a un criollo de ese país muerto por causas desconocidas. Desviaría rumbo al Pilcomayo hasta “Yuchán

Grande”, el lugar de encuentro al pie de ese inmenso Palo Borracho. Desde allí, paralelo al Río de los Pájaros rodearía “Aguada Grande”, un enorme algarrobal donde sabía que encontraría su objetivo: la miel.

Llegó a Aguada Grande y divisó un gran panal construido por las abejas junto a un inmenso algarrobo y se dispuso a prender el fuego con las ramas caídas del árbol. Era mediodía y *Jualá*, el Sol picaba fuerte.

En ese instante los pájaros callaron. Y pudo escuchar pasos que se acercaban. Cerca de él, en la espesura, resonaban los pasos de caballos y antes que se diera cuenta sonaron tres disparos de arma de fuego.

Allí quedó Anselmo junto a sus ramas apiladas. La muerte lo encontró con su cara azulada y con un hilo de sangre brotando de sus ojos, mientras los montados se alejaban de las abejas.

Tarde en la noche, la abuela Celia estaba preocupada por Anselmo. No había vuelto y sus hijos y nietos se preguntaban cómo podría haberse perdido en el monte después de tantos años de melear.

La abuela recorrió la huella que llevaba a la casa de Ramón, su *Niyat*, el líder del *wichí-w'etes* para poner en aviso a toda la gente. Le relató al fornido líder el recorrido que Anselmo le había contado que haría: “paraguayo muerto”, “Yuchán Grande” y “Aguada Grande”. Eran referencias de lugares que los wichí utilizaban y aún utilizan para no perderse en el monte. Al alejarse de la aldea los cazadores, meleros y pescadores no se apartaban de esas rutas fijadas. Tampoco las mujeres cuando recolectaban frutos u hojas de chaguar. Si se perdían o tenían algún problema, su gente sabría donde buscarlos.

El *Niyat* salió con su grupo a buscarlo antes de la salida del sol. Siguió la ruta prefijada el día anterior por el anciano recolector de miel. Al llegar a “Aguada Grande” no tardaron mucho en encontrar el cuerpo del abuelo wichí. Estaba de costado junto a su fuego a medio preparar. Lo primero que notaron fue su cara. Estaba azulada y la sangre ya seca que había salido de sus ojos todavía se podía ver.

-Bala- dijo uno de los hombres del *niyat*, con su rostro atravesado por el dolor mientras apretaba sus puños. Expertos conocedores del monte, rápidamente encontraron tres vainas de balas y huellas de montados que se alejaban del lugar. Huellearon el rastro cerca de dos horas hasta llegar a un “puesto” criollo donde se habían instalado unos *ahatays*, los aparecidos, no hacía mucho. En el lugar no había nadie.

Ramón señaló con toda la mano en dirección al pueblo criollo cercano, un caserío ubicado monte adentro en cercanías del Pilcomayo. Este pueblo criollo contaba con un destacamento policial con dos integrantes, una sala de primeros auxilios y una escuela de paredes de adobe.

Los policías escucharon la “renuncia” que traía el grupo de montaraces y dijeron que iban a ir al lugar donde Anselmo yacía a buscar su cuerpo y a investigar que había pasado. Su escaso dominio del castellano reemplazaba esa palabra por “denuncia”. Los pensamientos de los hombres de la tierra estaban llenos de desconfianza por la investigación prometida. Lo habían escuchado muchas veces. Antes de retirarse del pueblo, contaron lo ocurrido al *Niyat* del lugar, *taylheley* también, porque al igual que las ocho aldeas de esa región todos estaban integrados por parientes montaraces.

Los policías tardaron tres días en acercarse al lugar donde estaba el cuerpo de Anselmo. La médica se acercó temerosa y

desde unos veinte metros tomó su lapicera y escribió “paro cardiorrespiratorio” sin revisar al finado.

Hacia décadas los wichí tenían problemas con los criollos. Muchos años antes llegó un español a la zona del Pilcomayo Arriba y tomó para sí una enorme región a la que llamó “Colonia Buenaventura”. Trajo carretas llenas de familias pobres que venían del este salteño. Trajeron con ellos las vacas, que los wichí no conocían y a las que miraban con cierto temor. Distribuyó las tierras y reservó una parte como “Reserva de indios”. Desde entonces comenzaron las persecuciones. Innumerables veces recurrieron a la autoridad porque su gente era perseguida, asesinada, sus mujeres molestadas en el monte cuando recolectaban frutos y chaguar para hacer sus “*hilú*”, sus bolsos diseñados y tejidos por las mujeres desde generaciones que son todo un instrumento de identidad para cada wichí. Nunca se esclareció nada.

Todos los años, en los tiempos de antes, las familias wichí se reunían en el “*yachep*”, la estación de la maduración de los frutos. Eran las celebraciones de la algarroba, con la que preparaban bebidas fermentándola. Durante días se danzaba al sonar del tambor y las noches se llenaban de retumbos que presagiaban matrimonios, alianzas de guerra y una escena de relatos de los abuelos para explicarse su mundo. Llegaban cazadores y pescadores junto a sus familias desde distantes lugares y los wichí celebraban la vida plena y la buena voluntad.

Cuando llegaron las vacas, llegó también el hambre. Las mujeres salían a recolectar la algarroba pero las vacas llegaban primero. Desde entonces los wichí “mezquinaban” la tierra, el almacén que *Nilataj*, el espíritu, el creador, el eterno principio de la vida plena les había dado junto a la mujer estrella. Las abuelas en las noches de fogón contaban a sus nietos que

Nilataj creó la tierra y un enorme viento la arrastró y por eso existe el monte.

Al principio solo existían los hombres. Las mujeres vivían en el cielo. Eran Estrellas. Por una soga bajaban a robar la comida de los hombres, hasta que una noche en que ya habían bajado varias mujeres, uno de los antiguos cortó esa soga. Desde entonces las mujeres que quedaron en la tierra formaron las familias wichí. Y las otras mujeres quedaron como las estrellas del cielo brillando y sirviendo de guía en los parajes impenetrables.

Los montaraces sabían que existía un *ahatay* allá lejos al que le decían “juez”, que era el que podía castigar la muerte de Anselmo. Pero ya lo habían llamado con las leyes ajenas y nunca había ido por la zona.

Cansados de esperar noticias de la Policía, convocaron a las aldeas de montaraces de toda la zona. Eran ocho asentamientos, todos parte de su familia grande, un mundo de padres, hijos, tíos, sobrinos, primos y algunos parentescos propios.

Ramón, propuso ir hasta el puesto criollo para demostrarle al juez cuando venga que Anselmo había sido asesinado por esos *ahatays*.

Se juntaron en el paraje unos doscientos wichí y sigilosamente llegaron al lugar. No había nadie. Encontraron una pistola y botas con la suela idéntica a las huellas que habían encontrado en el lugar donde Anselmo terminó sus días. Pensando en entregar a la Policía esas pruebas, se retiraban del lugar cuando llegaron los dos aparecidos. Allí discutieron. Los criollos negaban haber matado a Anselmo. La discusión fue creciendo hasta que uno de ellos gritó:

- ¡Les pago el muerto! - y oscureció el lugar y la buena voluntad, provocando más tensión de todos.

No hizo falta agregar nada. Los guerreros wichí se abalanzaron sobre los criollos y comenzó una enorme pelea en la que los aparecidos llevaban todas las de perder. Los ocho *niyatey* presentes, a una orden de Ramón, sujetaron a su gente y así les salvaron la vida a esos criollos que ya estaban en mal estado.

En el *wichí-w'etes* de Ramón las familias se fueron reuniendo para despedir a Anselmo. Las abuelas wichí con sus largas cabelleras trenzadas colocaron sus pañuelos multicolores y tomándose la cabeza con ambas manos entonaban un canto lastimero que trasuntaba siglos de historia e identidad. Era su modo de llorar. Acompañaban sus gestos con una casi imperceptible danza de sus cuerpos. El fuego dio cuenta de todas las pertenencias de Anselmo, incluido su rancho. El espíritu wichí, algo parecido al alma de los cristianos, al que ellos llaman *husek*, en el momento de la muerte sufre una transformación: se transforma en *ahat*. Un duelo permanente entre el bien y el mal. Y el *ahat* Anselmo podía extrañar a su familia y querer llevársela. Destruir su casa tenía el sentido de confundir al espíritu para que no encuentre a sus seres queridos. Luego todas las mujeres del *wichí-w'etes* se cortaron el pelo en señal de duelo.

La sepultura fue simple, cerca de la aldea, a diferencia de los enterramientos que en general se hacen en el monte, y sin señales de su presencia en el lugar.

Días después, una mañana temprano llegó el juez, acompañado de muchos *ahatays*. Policías de civil, un médico y dos mujeres vestidas de blanco y funcionarios. Una comitiva

de cerca de treinta personas. Rápidamente llegaron también los hombres de guerra wichí.

Los lugareños rodearon a la comitiva y el juez, con expresión seria dijo dirigiéndose a Ramón:

-Venimos a hacer la autopsia del fallecido para determinar las causas de la muerte- dijo ante la mirada extrañada de los lugareños que no entendían el significado de “autopsia” y eso de “determinar”.

-No entendemos- dijo Ramón sintiéndose invadido al igual que su gente.

-Tenemos que desenterrar al muerto para ver porqué murió. Por eso vino el médico y sus dos ayudantes- le respondió el magistrado, preocupado porque el círculo de habitantes del lugar se cerraba cada vez más.

Solo Ramón hablaba en su medio castellano. El resto de los wichí lo hacía en su lengua reprobando esa presencia y las intenciones de profanar la tumba de Anselmo. Décadas de denuncias sin resultado colmaron los pensamientos de Ramón. Gesticulando con sus manos y pateando el piso de tierra del wichí-w’etes le hablaba al juez.

-Cuando denunciarnos que esos criollos mezquinan el monte y le disparan a nuestros cazadores a usted nunca lo vimos por acá. Muchas veces fuimos a hacer la “renuncia” a la policía porque nuestras mujeres son perseguidas en el monte. Y usted nunca vino- elevó el tono con una mezcla de determinación y dolor.

-Nunca me llegaron esas denuncias- replicó el juez ya con rostro más preocupado y ante la mirada sorprendida de Ramón.

-Cuando nuestras familias pasaron hambre porque los criollos mezquinan el monte o invaden nuestras tierras usted nunca vino. Y ahora que nuestro hermano Anselmo está muerto se quieren llevar su cuerpo- dijo Ramón ya definitivamente enojado. Los wichí estrechaban su cerco y decían en su idioma que no lo iban a permitir. Su chamán, el *hiyawul* del lugar, había hecho un viaje en sueños y responsabilizaba a los criollos del puesto por la muerte del anciano recolector de miel.

Ramón se dirigió a su gente y en su lengua les pidió reunirse entre ellos a cien metros del lugar para deliberar.

La opinión general era no permitir la profanación. Ramón, explicó que el desentierro de su hermano serviría para demostrar que esos *ahatay* eran los responsables de su muerte. Deliberaron largamente mientras la comitiva miraba a lo lejos con miradas fijas y el ceño adusto.

Concluyeron los wichí que permitirían que revisen el cuerpo de Anselmo pero dentro de la propia tumba, rodeado de jóvenes guerreros que controlarían el trabajo del médico. Jamás permitirían que se lo llevaran.

Cuando llevaron su decisión al juez, de todas las casas del *wichí-w'etes* se levantaron lamentos de las mujeres con esa forma de llorar tan particular de los velorios. A su modo, tan sin palabras, protestaban la decisión de sus hombres. Milenios de identidad cultural llovieron sobre la comitiva y cundió el miedo entre los recién llegados.

Los propios jóvenes cavaron en la tumba de Anselmo que había sido enterrado envuelto en una frazada. El médico allí se introdujo y comenzó su trabajo bajo la penetrante y tensa mirada de los jóvenes. Allí se dieron cuenta que Anselmo había muerto de “susto”. No había bala. Su rostro azulado al ser encontrado estaba en ese estado por la explosión de su

corazón. Los criollos le habían mezquinado su monte y dispararon al aire. El viejo corazón montaraz, afectado ya en forma irreversible por el Mal de Chagas no soportó el mal momento.

Todos comprendieron. ¡Cómo no iban a comprender! Abuelos, padres, madres, tías, hijos, sobrinos, primos, todos. Volvía la calma aparente. Todo quedó allí a la espera de la próxima “renuncia”.

Pinu kotses elh ta lhey Anselmo

N’olhämet tä tälho tayhina Gran Chaco

Anselmo tiyojche tat tayhi ta ihi lhipna ta n’oyen lheya Gran Chaco.

Setenta nekchämis ta yahamit ta t’ukwe pinu, yen at chumeta ta yike pinu ta istunej tutsaj häp pinu vos. Yen lakeya ta ilhänhi itäj ta itiwhäye lhip ta pinu ihi tsi häp ta isej wet nemhit pinu vos iso. N’oyämetha ifwala p’ante ta laka itäj. Tejta ichet thayej tutsaj kamaj pinuwo tajpej tat tha hap ta yahoyenlä tsi tälhe ta nithaläkwa ta pinu vos itshänpej, nilhokej ta lhamil hiw’enpe täjna tsi lhamil lakeyis tat ta tajpej ta fwiw’etil wok ta nahayhos wet lhamil tiyäjfwaschet tayhi.

Hin’o wumekfwajna häpe p’ante tayhlheley elh, wichi ta ihi tayhi. Wichi häpe tat n’oyhäj. Wichina ta lhamil t’unfwas tat m’eyhey ta lhamtej ihi tayhi. Lhamil yahänlhi tat laka thänhäy chufwenyay häp ta tamenej ta lhamil yahanej nilhokej m’eyhey ta ihi tayhi, yajet afwenchey ta lhamil nitäfwelche m’ek ta t’iphayaj yäme. Häp ta tamenej pej ta ahätäy wok hay’äj nisakanayej tä ichowalhe. Wichi ta thänhäy lhamil yäme ta

afwenchey pej ta iwosilätaye chi sip'äl t'ot'aye lhip ta lhamil ihi. Lhamil isej tat tayhi wet tewokw tejta häpe lhip ta matche ta afwitäyhtsaj ta häp ta lhamil law'etes tat, ichufwenej ta lhayämhin'ohlä lawitäyhyaj.

Häpet ta nech'e fwala yik ta tälho wichi-w'etes ta tiyäjey lhip ta pajche yentichunhayaja ta yahohiyela. Nitichunche tat lanäyij mat lach'efwa ifwenho tsi nowayhläk wetayej lhiptso. Lhip ta yahoye wet owolheya ta n'oyokw "paraguayo pitsek" lhiptso wet n'op'ante hiw'en ahätäy pitsek ta ihi ta chi n'ohanej m'ek ta tamenej ta y'il. Tälhiye lhiptso wet ifwahichene tewok lhip pajin'e tha nichäte lhip ta n'oyokw "Tsemhähkwitaj", lhip häp ta n'okastaw'et. Talhiyene lhiptso ta nech'e ilunhiyejn'e "inätw'ettaj" fwa'achat lhiptso wet nech'e nichäthiyen'e m'ek ta t'ukwe: pinu

Ta nichäte lhip ta lakapes wet hiw'en pinu ta ihi fwa'ayuk nech'e yenlhi lalhet ta tachuma tat hal'ä pesey ta hiw'en. Ifwala ihi lachowej, iwotesa ta nälej ta chayokwe.

Welkate ta honhat yokw tam yajet afwenchey ta nemhit yiphen. Häp ta nech'e kalelhäj m'ek ta tataye, ilät atlä y'elataj ta nek wet häpet ta fwetaj iyahenlä tha iläte tat lutsej ta n'otfwomej.

Ihit ta ihi Anselmo itwhäye lalhet. Yokwet t'ilek nichätpe, tatelhoy ifwakanhiche wet lawoyis tälhomche tat tatelhoy wet lhikoyistso tha äp yikhen.

Ta honajchowej, wet lakatela matche ta nilhakalejlhi lacheyäs Anselmo. Lales wet lachetsos nilhokej law'et lheley lhamil nilhakalwethä tsi chi t'uhawetej chi weta hin'o ta talhettsiy ta lalunwet häp tayhi.

Lakatela yik ta ifwala lhamil laka niyat Ramon, wet nech'e niyatna ifwelpel laka wichi ta Anselmo yikn'aji wet chi kamaj

näm. Ifwenho laka wichi lhipey ta Anselmo tiyäjeyn'aji. Häpe tat lhipey ta lhamil nitäfwelej tsi lalunwetes tat wet chi iche elh chi tatäy wet kalelhäj tat ta hap ihi lhipeyna ta ihi, häp ta lhamil yen lakeyisa ta yakalelhät lhipey ta lalunwetes hap ta chi iche elh chi pajla wet lhamil itamakomche lhipeyna.

Ta kamaj ninuyapä ifwala wet yik niyat ta t'ukwe laka wichi elh. Tiyäjche tat lhipnaj elh inukwe. Ta nichäte inätw'ettaj wet hiw'en elh pitsek ta itkatsi, itwhäye lalhet ta näl t'at ta chi wak'alh n'aji ta yenlhi. Hiw'en ta elh teype ifwak'an wet lawoyis ta talhchehen tatelhoy nech'e tamchäy t'at.

–Lutsej lhele- Iwoyetso elh ta iyahen elh pitsek wet näl ta latichunhayaj äytajche. Lhamil iyahencheso tha hiw'en tat lutsej lheleyhi ta ikatsi wet y'elataj n'äyhäy. Lhamil yahän p'ante tha pajtha tataye tat ahätäy lhayis ta ihi lhip ta yen law'etesa, lhiptso wet chi pajche ta ahätäy lhayis nämho ta yen lakasthawetha tä t'uye lhamil laläy. Yokw tam chi iche elh chi ikatsi.

Ramón tapäche lhip ta ahätäy lhayis iche, lhiptso wet sip'al ta ihi, kachaw'et wet n'ochufwenyajw'et ta ihi, huptso ta iyhät.

Sip'al iläte ta wichina tayhlheley yenlhi renuncia wet lhamil ifwenho wichi ta itamakhiyela lhip ta Anselmo pitsek ihi. Lhamil fweta iten ahätäy lhämet ta yokw denuncia. Lhamil latichunhayajtso tha chi imatitche m'ek ta sip'al ifwenho tsi pajche pej iläte ta sip'al yokw otetshanhila wet pajpej ta kalelhäj ta chi wom'ek chi iche. Ta kamaj lhamil nekach'oye lhipna wet lhamil yahoye niyat ta law'et lhiptso tsi kamaj häpet elh lhamil tsi wichi nilhokej ta häpe tayhlheley wet lhalhamil tat.

Pajp'ante ta ifwalas ihi lajt'unfwa elh wet nech'e ta sip'al nichäte lhip ta Anselmo pitsek ihi. Kachawo tso ta tsilak at ta iyahney chi wet at'ot'aho tha häp ta ilesay'en t'at m'ek ta

tamenej tä y'il n'uelh, ilesayen ta itihi ta t'otle ta takasit häp ta tamenej ta y'il chi wet iyahenlhi ayij.

Pajche ta ahätäy lhayis wet wichi itlhamejen m'ek ta niisa. Iche p'ante ahätäy ta name lhipeyna wet lhayen lawukwa honhat wet yenlheya "Colonia Buenaventura". Ichäj p'ante lhamche iyhäj ta p'alitses ta yen lakawosa lhamilna tälhe Salta lhip ta ifwala tälhche. Lhamil ichäj p'ante läläy tololis, wichtso ta nech'e ta hiw'en wet chi lhamil ifwiye. Hiw'en p'ante lhamhomche honhat wet tachuma lhiphaj wet yokw wichiw'etla taja. Tälhe lawhäytso ta iwotesa ta ahätäy lhayis näyejo wichi chi ilunlhipe lhipeymhaj lalunwetes. Iche ta lhamil yahänweta atsinhay ta yike fwa'ay wok lhamil yike chutsaj ta yenejlhi huli, häp m'ek ta nitälhiyattsiy ta lhamil yen chumeta. Tej pej ta lhamil ifwenho niyatey m'ek ta ahätäy lhayis iwoyeje tha chi hanej chi n'otetshan, chi hanej chi n'owolahaya.

Ifwalas ta pajche wet nekchämpej ta wichi lhayhutwet, häp lawhäy ta iche fwa'ay, yachup. Wichtso tha lhamil yenlhi fwa'a ta ithatho, elh inuye lakafwitsukw, honatsi ta takatinhen wet tälho täjtso ta iche pej elh ta tawhayey wet hin'olwumhaytso ta w'enhayej t'at ta ifwenho lachetsos m'eyhey ta pajche ta lhamil hiw'enpe. N'oyäme tha tälhomchet lhipey wichi ta name n'okäyjajna. Matche ta is lhamil latamsekis ihiche.

Ta iche p'ante tololis wet nemhit nälej chi atsinhay isakanej fwa'ay tsi itshätäy t'ichun pej atlä lhamil häp ta tamenej ta iche pej nehläs. Nech'e wichtso ta te näyej laka honhat, häp honhat ta lhamil yokw lawuk ihi, N'ilataj ta yachaje wichi yämthilak latamsekis ihiche. Atsinhawumhay ifwenhomche pej lachetsos täjp'ante iwotesa ta N'ilataj yenlhi honhat wet m'ek ta tamenej ta iche tayhi. Thamil yämeta layalh p'ante ta äytaji ta yahuttsi hal'äy.

N'oyämetha ifwalas ta t'ichun wet tsilak p'antet hin'ol ta i'pe honhat. Atsinhay tso ta ip'ante puleye. Katetsel. Lhamil nekche pej lakanyhäy ta neke hin'ol lhäk, lhamil t'etane wet lawhäy ta häpe wet n'oyiset lhamil lanäyij wet nemhit isakaney pule wet nech'e iyej tat hin'ol ta yen law'etlheleya. Iyhäj atsinhay imälheyyey t'at pule wet ta honatsi wet näleyhen wet wichi yent'itsekayejen ta yakalelhät lhipey ta lhamil ihiche.

Tayhlheley yahanej ta iche iyhäj ahätäy lhayis ta N'okalelhthayaj wos tha häpta iche pej lawhäy ta lhamil t'alhe chi itamakpe m'ek witäy ta ihi wichi w'etes wet chi hanej chi näme wichi. Lhamil w'et t'ekhaye tat chi häpkhilak yakalelhät Anselmo lhikoyis.

Ta lhamil yelej ta tataye m'ek chi kalelhäj ta tälhe sip'äl wet nech'e lhayhutwek tayhlheley. Talhomche p'ante law'etes ta nitäkw näl ta lhalhamil, nilhokej p'ante ta lhayhutwek, hin'ol, atsinhay, n'atfwas, mamses, lhutshay. Lhalhamil nech'e n'äl ta lha lepuhfwas.

Ramón, latichunhayaj chi yahoye ahätäy ta ihi law'et wet ipäyne N'okalelhthayaj wo ta häp lhamilna ta ilän n'aji Anselmo.

Lhamil lhayhutwet ta nitäkw p'ante wet lhamil yahoye ahätäy ta ihi law'et. Chi lhamil hiw'en p'ante. Lhamil hiw'en lutsej wet nisähes ta lan'äyhäy häpe t'at täjnaj iwhäye n'op'itsek. Lhamil latichunhayaj chi ipäyne sip'äl, ta lhamil yikhen wet nech'e nämhen ahätäy ta law'et lhiptso. Nech'e lhamil inokwajwetä lhamejen. Ahätäy yakachu ta matche ta n'otiyey chi lhamil ta ilän Anselmo. Yik t'at ta lhaytseläjwethä pajta elh tumkanhi tha yokw:

-owohla lahaya n'opitsek! Noj ta yämwethä lhamhomche nech'e matche ta lhamil nichäte t'at lawitäyhyaj. Nemhit iche m'ek chi lhamil yäme. Wichinena ta lhamil lhaylhokonpe

ahätäy, chi lhamil tump'antehlä wichi, isej p'ante ta niyatey iyhäj tach'ahuye Ramon ta yokw n'amälhteji wet häp p'ante ta tamenej ta lhamil nilänahen ahätäy lhayis.

Lhayhutwek wichi ta ihi Ramón w'et ta lhamil tajänlä Anselmo. Atsinha wumhay iwolakhala wet itsokchepe lhetey wet tafwchehchä ta pitsajey häp lachoslis ta talhettsiy ta lhokwey p'ante ta pitsaje pej lawhäy ta iche lawitäyhyaj. Yokwet ta n'äle tat itäj tsi lakey ta n'op'ohen elh ta ileyey honhat laka m'eyhey yajet lawukwefwaj. N'oelh ta y'il lahusekfwajtso ta n'oyokw nech'e yik iche ta is wok niisa, iche ta n'oyokw ahät tat. Wichi yäme ta häp ta tamenej ta n'ohp'ohen n'oelh ka m'eyhey tsi iche ta tapiley lhipey ta pajche pej n'oelh ihi wet iche ta iwitäyen iyhäj ta kamaj ichehen. Nilhokej atsinhay ta yisetchehen law'oley tsi häpe n'otetnek ta n'oelh lawitäyhyaj ihi wet nitichunche elh ta ileyey honhat.

La sepultura fue simple, cerca de la aldea, a diferencia de los enterramientos que en general se hacen en el monte, y sin señales de su presencia en el lugar. Otjänch'oye wet lhip ta n'otihitso ta chi iche m'ek chi otihi chi hinälit ta n'ot'o ta ihi. Ihi lhip ta t'ot'aho wichi w'et.

Ifwalas iyhäj wet näm N'okalelhthayaj wo ta nech'e fwamlafwaj lhäy'e iyhäj ahätäy lhayis. Sip'al, kachawo wet atsinhay ta lakhäy ipelas wet niyatey ta ahätäy. Nilhok ta nitäkw. Äp wичitso ta te nämhen ta nitäkw, häp lhamil ta wak'alhej n'okatsayaj.

Los lugareños rodearon a la comitiva y el juez, con expresión seria dijo dirigiéndose a Ramón:

Wичitso ta ilunej N'okalelhthayaj wo, hin'onena ta iyahen Ramón ta yokw:

-olhamil onämhen ta oneke n'opitsek olhamil oyenlhi autopsia tsi olhamil owatläk kalelhäj m'ek ta tamenej ta y'il- wicitso ta iyahen t'at tsi chi lhamil nitäfwelche m'ek ta häpe autopsia wet lhämet ta yokw owatläk kalelhäj m'ek ta tamenej ta y'il.

-Olhamil ontäfwenhichet'a m'ek ta lhäme- Iwoyetso Ramón tsi yajet laka wichi ta chi lhamil yahanej m'ek ta N'okalelhthayaj wo yäme.

-Olhamil owatläk otonphä n'opitsek tsi olhamil owatläk ohanej m'ek ta tamenej ta y'il n'oelh. Häp ta tamenej ta ikana kachawos lhäy'e lach'otfwas- Iwoyetso ta nichulho wichi häp N'okalelhthayaj wo, nilhakallhi t'at tsi iyahen ta wichi ilunej.

Tsilak at Ramon ta iten ahätäy lhämet. Iyhäj tsilak at lhämet ta itihi ta iwahnhiyej t'ala chi lhamil yen woynejeka Anselmo t'o. Pajche ta iche pej ta olhamil otume m'ek ta niisa ta ahätäy lhayis yenn'oyehen wet chi hanej chi n'owolahaya tetso latichunhayaj Ramon. Iyahnhit honhat wet nech'e tahuyej N'okalelhthayaj wo.

- Chi olhamil owatläk n'otetshan ta ahätäy lhayisna näyej nohohen tayhi äp tiyäjwethä wichi ta w'elekwethä wet chi hanej chi lahon'oyehen. Sip'al yahanej tsi pajche pej olhamil ofwenho ta n'ostunwethä atsinhay ta n'ow'en tä ihi tayhi. Wet amtso tha chi hanej chi lanämn'oyehen-ifwitsenej ta yämlhi tsi äytajche latichunhayaj wet äp matche ta yelej m'ek ta niisa ta n'owoyeje lhamil.

- Chi hanej chi nichätn'oye m'ek ta lafwenhopej sip'al- Iwoyetso ta nichulho Ramón tsi hiw'en ta n'oelh matche ta lhaykajyen tsi matche m'ek ta yäme.

- Chi olhamil onchuyuhen tsi nemhit olhamil osakanej tayhi tsi ahätäy n'ayejn'ohen wok chi lhamil istun'opehen honhat ta olhamil ow'et wet chi hanej chi lahon'oyehen. Ta y'il olhamil

opuhfwa Anselmo nech'e ta lanäm wet laneke lep'itsek ta lachäj- Iwoyetso Ramón ta matche tat nech'e tawakwaylhi. Wichitso ta lhamil ilunej ahätäy lhayis wet yämwethä lhamhomche ta kalelhäj ta iwahnhit'ala elh pitsek chi n'ochäj. Elh ta hiyawu pajche yahanej ta kalelhäj ta häpe tat ahätäy lhayis ta ihi lhiptso ta lalänek häp elh ta y'il.

Ramón tahuyej laka wichi wet t'alhe chi lhayhutwek ta ihi lhip ta atofwehlä ahätäy lhayis pajlatha kalelhäj lhamil latichunhayaj.

M'ek ta kalelhäj häp ta lhamil iwahnhit'ala elh pitsek chi n'ochäjchetso. Ramón ifwenho iyhäj ta iwatläk n'otonpha ayij n'opitsek häpkhilak kalelhäj ta matche tat ta ahätäy ta ilän. Lhamil yämejlhi täjtso pajtha kalelhäjchä latichunhayajay ahätäy lhayistso ta tataye t'at tsilak ta w'et iyahnhe t'at.

Wichitso ta kalelhäj ta paj ta iwahen t'at elh pitsek ta häp ta iwatläk n'otihl t'at lhip ta ihi ta n'oyahenlhi, mamses ta n'okatshayajwos lhamil ta itetshan m'ek ta kachawos iwoyeje elh pitsek. Atha chi lhamil iwahnhilak n'ochäjchetso n'opitsek.

Häpet ta n'ofwenho N'okalelhthayaj wo tha pitsajet atsinhay ta ihi lhiptso ta ifwitsenejen lhafwyhayaj ta hinälit ta iche m'ek witäy. Yajwek lapakas tha nech'e honhat tanhochaytaj atpe yahet ahätäy ta näme wichiw'et ta lanowayhyaj ihi.

Mamses lhamil t'at ta tijche Anselmo t'o wet lhamil itonphä ta n'okäfweljeche lawuy. Nech'e kachawo iwotesa ta yahäne lachumetchal mamses tso ta iyahen tat. Nech'e lhamil yahanej ta m'ek ta tamenej ta y'il Anselmo häp ta t'iseltejn'aji m'ek ta iläte. Ihichet'a lutsej lho chi ihi. M'ek ta tamenej ta ifwak'an tateype häp ta t'otle ta tech'elh. Ahätäy lhayis tsilak naj ta inuhathphä lalutsej tsi häp ta lhamil yen lakeyisa ta n'äyejlhi honhat. Ta niisalhi t'otle hin'o wumekfwaj tsi sip'ak ta lalänek

háp ta tamenej ta y'il tsi nemhit t'otle tumlä m'ek ta n'owoyeje
pej.

Nilhokej ta nitäfwelche m'ek ta n'oy'itho. Chi iwoyek
nitäfwelache m'ek ta kalelhäj! Nilhokej. Yachajo ta tet háp chi
latamsek wichi. Lhamil iniwhilä chi yachajo chi lhamil yenlhi
m'ek ta lhamil yokw “renuncia”

ENTIERRO PARA EL DIABLO

Hubo un tiempo en que el monte del Chaco Central se poblada de sonidos canturreados al son del tambor, anunciando curaciones, fiestas de la aloja y despertares de la feminidad.

Cuando comenzaron a llegar los aparecidos con sus vacas y fusiles, la voz de los sabios sanadores se fue apagando con el arribo de voces extrañas y una forma incomprensible de ver el mundo.

Los *hiyawu*, chamanes wichí, no utilizaban yuyos e infusiones para curar las enfermedades. Los sabios ancianos wichí sabían que la ausencia de salud era consecuencia del abandono del cuerpo por parte del espíritu del enfermo. Era el *husek*, la voluntad, el alma que orientaba a la vida plena. El *hiyawu* utilizaba su poder que le venía por generaciones para devolverlo al cuerpo sufriente. En un éxtasis de cebil, una planta alucinógena de esas soledades, el *husek* del curandero salía de su cuerpo y buscaba la voluntad del enfermo para devolvérselo, restituyendo la armonía perdida.

Un día comenzaron a llegar los aparecidos. Eran pálidos y montaban animales que les servían mansamente. En esos tiempos de antes a veces las relaciones con ellos eran de buena voluntad. Pero muchas veces con la maldad de los *ahatays*, los aparecidos, llegaba la guerra en defensa del único mundo que la gente conocía.

Los soldados venían con familias de aparecidos que se asentaban en el monte y miraban las aldeas con desconfianza. Junto a ellos llegaron los misioneros. Hablaban de un dios que creó el monte y los ríos leyéndoles un libro que decían era la palabra de ese dios. Las familias wichí no entendían porque los misioneros se llevan tan mal con los *hiyawul*, los representantes de su mundo espiritual. Poco a poco los

ancianos sanadores comenzaron a practicar sus curaciones espirituales en secreto, lejos de la vista de los aparecidos, por temor al castigo.

“José” era un *hiyawu*. Allá por la década del cuarenta del Siglo XIX pescaba con su familia con red tijera y trampas para peces en el río, en los campamentos de verano. Los wichí trashumaban el territorio en busca de los recursos que *Nilataj*, el eterno principio de la vida plena había puesto en el almacén de la gente, las selvas y los ríos.

Los aparecidos eran gente rara. Hablaban muy fuerte, casi gritando, interrumpían los pensamientos de la gente y eran *fuitsaj*, furiosos. Desde que llegaron apareció el hambre. Los conquistadores mezquinaban la tierra y cada vez había menos espacio para cazar y recolectar miel y frutos.

A principios de siglo comenzó la construcción del ferrocarril y muchas familias trabajaron de sol a sol en el tendido de vías, dando las primeras formas a pueblos que se fundaron desde Formosa a Embarcación en Salta. Por esos tiempos se llevaban muchas familias completas a trabajar en los ingenios azucareros de Salta y Jujuy donde la gente pasaba muchas privaciones, no les pagaban y muchos morían de cansancio, hambre y enfermedades. Fue el trabajo esclavo en tiempos de vigencia de la Constitución, que nunca rigió para los desheredados de la tierra.

Cuando llegaron los misioneros católicos fundaron la parroquia en los pueblos de *ahatays* y obligaban a los wichí a ir a misa allá en el fondo del templo, lugar reservado a los harapientos. Los pocos que hablaban español entendían que había un Dios que amaba a los pobres, pero siempre los

enviaba al fondo. El frente de bancos del templo siempre fue para los ricos del lugar.

Hubo un tiempo en que “José” era un joven cazador wichí. Su padre, un anciano hiyawul un día enfermó. Sabiendo que su *husek* se escapaba definitivamente de su cuerpo, llamó a su hijo para dejarle un *wit ole*, el consejo del moribundo. Era el modo milenarista de transmitirle sus poderes de sanador espiritual y sus espíritus auxiliares, aquellos que lo ayudaban a sanar. Así, con su fuerza, lo convirtió en *hiyawu*. Si el nuevo chamán no hubiera aceptado ese consejo, este se le hubiera vuelto en contra, presagio de una maldición de la que no hubiera podido escapar.

“José” aceptó su destino, que le venía de sus ancestros y durante mucho tiempo su nombre resonó en las familias y parajes del monte.

Años después llegaron otros misioneros predicando el evangelio de los aparecidos. No vestían hábitos marrones o negros como los anteriores. Para sorpresa de la gente en poco tiempo aprendieron su lengua, el *wichí lhamtes*. Eran pastores evangélicos de distintas iglesias y poco a poco convencieron a los originarios que su espiritualidad milenaria era “brujería” y “José” un brujo que adoraba al demonio.

Los aparecidos eran gente inteligente, se decía “José” a sí mismo. Así, de a poco, comenzó a dudar de sí mismo, a verse como un simple hechicero y a mirar con curiosidad a ese Dios bueno que amaba a los pobres.

Y una noche llena de estrellas ocurrió. El cansado chamán recorrió un sendero del monte hasta un añoso árbol de palo santo, se limpió el rostro de su pintura ritual y con sus manos cavó un pozo donde colocó con lentitud lo que le quedaba de cebil, sus muñequeras sonoras con muchas pezuñas de

animales que colocaba en tobillos y manos y que utilizaba en los tiempos de antes para danzar.

Miró al cielo del nuevo Dios cristiano y luego al pozo recién recubierto con sus reliquias y exclamó:

-¡Te devuelvo tus cosas demonio!-.

-¡Ahora soy de Diosi-

En ese instante se convirtió en cristiano y en poco tiempo en pastor evangélico.

Hoy, cuando está solo, murmura incomprensibles canturreos en la lengua de los antiguos, lleno de nostalgia de ese mundo que conoció y lentamente comenzó a morir.

Así el viejo *hiyawu* puso un pie en estos tiempos nuevos, reservando lágrimas y sonrisas a esos tiempos de antes en que los wichí eran libres.

LAS MANOS DEL ARTESANO

"Amarga es la madera

De Palo Santo

Pero es como el amor

Que no muere y perfuma".

(Jose Pedroni)

Aníbal era un anciano artesano. Recorría su monte en busca de Palo Santo, esa madera perfumada por la Madre Tierra con un aroma especial y con la dureza del pueblo wichí. Inexpresivo, solo sonreía en el momento del abrazo.

De sus manos fluían formas maravillosas, transformando esa madera tan dura en piezas llenas de memoria.

Los días del oeste formoseño en que soplaban el viento norte eran propicios para el tereré para evitar la deshidratación. El calor se hacía insostenible.

El artesano se crió en el monte en una época en que su comunidad recorría la selva en la zona de Río Pilcomayo, un territorio que no tenía rutas y solo unos pocos aparecidos solían llegar. Con ellos llegaron cosas que en poco tiempo comenzaron a cambiar ese mundo. De joven comenzó a tratar de entender esas voces que salían de una caja que llamaban radio y hablaba en el idioma de los aparecidos, los ahatay. También llegó la escuela y el cristianismo.

Aníbal fue acostumbrándose a ese mundo nuevo, donde cazar, pescar y recolectar, su economía ancestral, fue cambiando de a poco. Conoció el trabajo en los ingenios azucareros de Salta

y Jujuy de donde mucha de su gente no volvía. Vivió en su cuerpo el hambre y las inundaciones del río que los obligaba a trasladarse año a año.

Cuando el sol caía, solíamos sentarnos a compartir el tereré, momento de largos silencios hasta que el artesano contaba sus días de pescador con redes tijera en el Río de los Pájaros y sus recorridas por la selva para recolectar miel. También, siguiendo lo aprendido de sus padres, recolectaba Palo Santo para transformarlo con sus manos en figuras que siempre representaban expresiones de su mundo, nunca olvidado y presente en su forma de caminar la tierra.

Esos silencios mate en mano le posibilitaban pensar su mundo, los tiempos de antes, y contarlos con humildad y sabiduría.

Aníbal, cuyo nombre wichí quedó allí, en los tiempos de antes, era sabio. Un día su corazón dijo basta y partió a ese lugar de buena caza donde Nilataj, el eterno principio de la vida plena espera a sus hijos.

Siempre conservé ese vaso de Palo Santo que me dio de sí para tomar tereré y de ese modo no olvidar ese mundo tan especial que conocí a través de él.

Aníbal era mi amigo.

LOS FORTINEROS

La espesura del impenetrable formoseño nos envolvía mientras el polvo del camino de tierra, casi una huella, penetraba en nuestro vehículo. Cada tanto un arenal nos llenaba de temor de quedar allí con el piso del auto apoyado en la arena y así esperar un tractor que nos sacara de la inmovilidad.

Serpenteando pasamos hasta llegar al margen del corazón del Bañado La Estrella, un estero enclavado en el corazón del monte formoseño que es una de las joyas naturales de la Argentina profunda, con sus anacondas amarillas o curiyú, carpinchos, yacarés nutrias, pumas, suris y las mas de trescientas especies de aves que la transforman en un paraíso en la tierra.

Los campesinos criollos estaban hace rato preparando el asado regado con vino de damajuana. Cuando llegamos sonaba un acordeón con ese sonido alegre litoraleño mezclada con chacareras ancestrales traídas años antes de Salta y Santiago del Estero por sus antebuelos que llegaron a instalarse en ese territorio que en aquellos tiempos fue despojado a los originarios.

Esos criollos, trajeron consigo una cultura producto de una matriz cultural hispano diaguita asociada a ecos fortineros aún presentes en algunos de sus rasgos. Celebran a la Pachamama, al Gauchito Gil, coplean durante días en los parajes del monte y hasta utilizan términos quechuas en su hablar cotidiano.

Luego de unos vasos de vino y chacareras varias, uno de ellos, en tren de organización de esos productores familiares, cuyas familiares supieron ser puesteras de quienes se querían apropiar de todo, se dirigió a los presentes.

-Estuvimos en el paraje Bajo Hondo de asamblea. Éramos unos 35 cristianos y unos 20 aborígenes- relató muy seguro de si mismo.

Uno de los presentes lo miró frunciendo el ceño y le dijo:

- ¿Porqué habla así? -.

- ¿Así como? respondió extrañado el aparecido.

- ¿Por qué distingue entre “cristianos” y “aborígenes”? Hoy los indígenas son tan o más cristianos que ustedes-.

-Bueno, nosotros hablamos así- respondió el criollo-

- Pero eso es lenguaje del siglo XIX propio de la vida fortinera- le respondió el inquisidor.

-No hay que discriminar-

El criollo siguió con su relato de esa asamblea que era, en su relato, un mosaico cultural.

A esos campesinos les corre por las venas la sangre de América Latina, sangre originaria, pero en ese territorio de disputas que es el Gran Chaco Sudamericano tienen negadas sus raíces. El “indio” es el “otro”.

Así, entre océanos de incomprensión transcurre la vida de unos y otros, en la búsqueda de un destino común que hermane y aglutine a los olvidados de la tierra.

DECLARAR EN UNA LENGUA EXTRANJERA

Cuentan los abuelos *nivaclé* que los *samtó*, los blancos, siempre que llegaban a sus comunidades y aldeas tenían un comportamiento extraño.

Hablaban gritando, interrumpían permanentemente la expresión del pensamiento de quien estaba hablando, hablaban demasiado rápido, utilizaban palabras incomprensibles en un idioma distinto a aquel que durante milenios los originarios habían utilizado como signo de la propia identidad. Cuando los ribereños del Rio Pilcomayo se refieren a si mismos, utilizan la palabra “*nivaclé*”, para referirse a un hombre o nosotros, nuestra gente, en referencia a los varones, y “*nivashé*” al referirse a las mujeres. Los aparecidos siempre dispuestos a “bautizar” a los pueblos que nunca se tomaron el trabajo de comprender, los llamaron “chulupíes”, denominación que tomaron de los guaraníes.

Siempre que llegaban a los parajes del monte lo hacían para pedir algo, en todos los casos a viva voz, sea ese algo un conocimiento, votos o simplemente fotos. También llegaban para “dar” algo, sean donaciones, beneficios sociales, proyectos, entre otras propuestas siempre pensadas desde una “otredad” a los *nivaclé*.

Nunca los *samtó* llegaban a sus casas solo con la intención de compartir un mate o tereré bajo la sombra del árbol familiar para tender puentes de amistad. Esas conversaciones, en las escasas ocasiones en que un *samtó* se acercaba con corazón de amigo, tenían algo de ceremonial. Plagadas de largos silencios mientras circulaba la infusión, posibilitaba el milagro que surgía cuando el liderazgo familiar compartido por ambos sexos y en particular por la matriarca, expresaba sus deseos o

pensamientos sobre algún asunto que le preocupaba, siempre relacionado con intereses colectivos de su gente. Las mujeres rodeaban en círculo la conversación, y si los niños gritaban o interferían eran corregidos tan solo con una mirada de reprobación y nunca con violencia.

El mundo de los *nivaclé*, y sus vecinos qom, pilagá, wichí y qom-pilagá, constituido por una serie de relaciones de familia y parentesco en relación a un territorio recibido de sus ancestros primigenios, pleno de ritualismo y conocimiento del medio ambiente, fue constitutivo de todos los pueblos cazadores recolectores del mundo, o de quienes hasta hace pocas décadas lo fueron. Y nunca se llevó bien con esa forma de ver el mundo de los aparecidos, donde todo se divide o se compra y se vende.

Las apariciones de los *samtó* siempre tenían un apuro incomprensible para quienes hicieron de la palabra, esa expresión del pensamiento y de su cultura, un aspecto central de sus vidas y relaciones.

En esos poco comprensibles intercambios los originarios fueron incorporando palabras de la lengua de los aparecidos y poco a poco comenzaron a utilizar frases de uso común y cotidiano. Ese escaso conocimiento de una lengua extranjera para ellos los llevó a tener un sentimiento amenazador al hablar con los recién llegados. En especial con aquellos que representaban cierta autoridad, entre ellos policías, funcionarios y en especial jueces, fiscales y en general funcionarios judiciales.

Con el tiempo comenzaron a coexistir en el mundo *nivaclé* dos lenguas, una de uso familiar y comunitario y otra formal para comunicarse con los aparecidos. Esta última terminó siendo

dominante, pero siempre extranjera para aquellos que no la comprendían.

Los abogados y jueces siempre utilizaron un lenguaje enigmático que poco cambió desde los tiempos de la colonia. Al juez había que tratarlo de “vuestra señoría” y al abogado de “doctor”.

Cierta vez, Eusebio, un *nivaclé* de Laguna Yema, poblado del monte formoseño, le pidió a Cirilo, un vecino *wichí* poseedor de una desvencijada camioneta si podía traer a su hija de doce años de Rio Muerto, un paraje de la Argentina profunda lindante con el Paraguay, a quien había dejado unos días en ese paraje al cuidado de su tía.

En el viaje de vuelta, fue detenido en un control caminero y al ver los gendarmes a la niña, Cirilo fue detenido acusado de “*trata de personas*” y secuestrada su única fuente de ingresos que era precisamente el resistente vehículo.

Días después, Eusebio fue llamado a declarar como testigo en el juicio que se le inició a quien le hiciera el favor de traer de vuelta a su hija. Se sentó frente al funcionario judicial que le iba a tomar declaración. El defensor de Cirilo había pedido un traductor de la lengua *nivaclé* ante las dificultades lingüísticas, solicitud por supuesto denegada luego de un corto examen de “castellano”.

El funcionario *lhafcata*, argentino, muy solemne lo miró fijo y le dijo: -El Código Procesal establece que si usted no dice la verdad se le abrirá una “causa” por “falso testimonio”- ante la mirada asombrada de Eusebio.

El abogado defensor pidió la palabra y dirigiéndose al *nivaclé* le preguntó pausadamente: -Cirilo, ¿vos sabes lo que es una

“causa”? -. El originario luego de unos segundos se limitó a levantar los hombros y con mirada asustada contestó – No-.

-¿Vos sabes que es “falso testimonio”?-. Eusebio miró fijo al abogado y contesto nuevamente -No- con los ojos inmensamente abiertos.

¿Sabes que significa “código procesal”?- Ya invadido por el temor de esa lengua incomprensible, el originario volvió a decir -No-.

El abogado de dirigió al funcionario judicial y le dijo con una sonrisa irónica: -¡Continuemos con esta ficción!-.

Días después Cirilo fue declarado inocente. Recuperar su anciana camioneta fue otra larga historia.

PANDEMIA EN EL MONTE

En los montes de la Argentina Profunda, “allí donde nace el viento” al decir de Raly Barrionuevo, los originarios enfrentan un virus invisible que les ha cambiado su modo de estar en el mundo, al menos por ahora.

Las familias extensas, verdadero modo de organización social, ya no pueden visitarse. Ni desplazarse a uno y otro lado de los ríos.

Un virus venido del extranjero, una vez más, los lleva al aislamiento y con ello a la esperanza de que todo vuelva a ser como antes, cuando celebraban la espiritualidad, la pesca, la caza, la recolección de frutos y las clases en las escuelas donde el saber se habla en dos lenguas.

Ellos saben de pestes traídas por el extranjero desde hace décadas. Las gripes, la neumonía, la viruela y tantas otras que a lo largo de los años provocaron enormes sufrimientos.

La esperanza en su caso no es simbólica o solo un sentimiento. Se cuidan para así cuidar a todos y en especial a los mayores, en parajes de difícil acceso donde las comunidades se suceden a lo largo de ríos y bañados.

Los originarios no hacen marchas anticuarentena, ni desencajan sus rostros curtidos por odio. Esperan.

En sus parajes se cuidan porque saben que ese virus que nos cambió la vida a todos llega también allí a través de aparecidos que sin proponérselo lo traen a sus lugares. Saben que del otro lado del Bermejo, su Teuc hay hermanos contagiados.

Los Hijos de la Tierra con su silencio atronador tan de siempre, nos marcan la huella.

En tanto el odio de los bien comidos se enseñorea, ellos esperan.

Como decía Eduardo Galeano, es la dignidad de los nadies.

BLAS

"A toda esa gente que quiso un camino nuevo pa' su pago, pero que no precisa un camino nuevo pa' llegar a mi memoria". (Ruben Lena-Braulio López).

En las tierras bajas sudamericanas los ríos eran dadores de vida. A lo largo de sus cursos se asentaban las familias extensas de originarios. En el monte impenetrable y árido del Gran Chaco Sudamericano eran caminos que vinculaban parientes y un gran almacén donde servirse el pescado. Eran también un destino, un camino de ida, un futuro que está lejos de la comprensión de culturas que viven el día a día. Recorrer esos caminos de agua llevaba a ensanchar el mundo de las comunidades y a colocarlas en un destino de todos. Por eso los ríos tenían significados espirituales y espíritus dueños del agua a quienes había que respetar para que nunca falten los peces.

Muchos años atrás, las comunidades pilagá se agrupaban sobre la costa del Río de los Pájaros, el Pilcomayo, en parajes nombrados con voces originarias casi ya olvidados, salvo en la nostalgia de los ancianos que en cada ocasión propicia, relataban a sus nietos sus raíces. Las aldeas originarias pilagá se autodenominaban con nombres de ave, las que sobrevolaban sus parajes y les avisaban con sus cantos y gritos cuando se acercaban los aparecidos. En el centro del Chaco Central tenían su asentamiento los Suri, los toritos, los caranchos y muchos otros que daban identidad a cada asentamiento pilagá en esa región de esteros, lagunas y ríos. En verano por el calor de la zona y la falta de agua, se trasladaban a sus zonas de resguardo en el sur del territorio.

Un día llegó el alambrado y esos "campamentos" se convirtieron en definitivos y nació un nuevo modo de vida ajeno a esa forma libre de relacionarse con la naturaleza.

Allá por los años cuarenta del siglo veinte, una de estas comunidades, se asentaba en las proximidades de Las Lomitas. Después de la invasión grande llamada por los aparecidos “La Conquista del Chaco” allí se instaló el ejercito fundando el Fortín Soledad. Era un territorio de espeso monte combinado con inmensos pastizales que hacían confluir cielo y tierra, en una explosión de naturaleza aprisionada por dos ríos móviles, el Pilcomayo y el Bermejo, que con el correr de los siglos le dieron a esa geografía una particular belleza. En 1963, uno de los cambios de cauce del Pilcomayo originó un inmenso humedal, el Bañado La Estrella, a uno de cuyos márgenes quedó ese Fortín con el que los pilagá convivieron junto a familias de aparecidos criollos que se instalaron en el lugar.

Allí nació Blas Mario Rojas, un pilagá a quien los caminos de los ríos dadores de vida llevarían a infortunios y alegrías que marcarían su existencia.

Su familia cazaba y recolectaba para subsistir cuando los caminos eran simples huellas. Un día se enteraron que por la zona andaba un hermano originario que predicaba la palabra del Dios cristiano y que tenía fama de sanador a quien llamaban por el nombre impuesto por los criollos, Luciano. Otros indígenas de la zona lo llamaban el “Dios Luciano”. Su fama de sanador era reconocida en toda la región.

Luciano predicaba la palabra de Dios desde una elevación a la que llamaban “corona” por su forma circular. En 1947 sus seguidores escuchaban su prédica en su lengua materna. Blas que entonces era muy pequeño, junto a su familia, se reunieron en Rincón Bomba, un territorio pilagá contiguo al pueblo de aparecidos de Las Lomitas, fundado tres décadas antes.

Allí, con sus vestimentas ancestrales y sus pinturas rituales, danzaban al son del pin pin mientras Luciano repartía Biblias traídas del Chaco que, aseguraba, tenía poderes que salvarían a los pilagá.

En octubre de ese año, la intolerancia pudo mas y la Gendarmería atacó mientras se practicaba ese culto, ametrallando a los originarios y masacrando centenares de originarios en lo que se denominó la “Masacre de Rincón Bomba”, un hecho que quedó en la memoria y el dolor colectivo de los pilagá.

En ese escenario de terror recibió Blas, siendo muy niño, su bautismo de dolores y esa sería la semilla que lo llevaría muy lejos en defensa de los suyos y de un país para todos.

Al poco tiempo fue adoptado por una familia de aparecidos de la ciudad de Salta, donde terminó sus estudios secundarios y obtuvo su título de maestro. Ejerció la docencia en esa provincia junto a Marina Vilte, hoy detenida desaparecida. Uno de los centenares de casos por los que fue sometido a proceso Luciano Benjamin Menendez. Conoció los dolores del exilio en un país de originarios, el Perú.

Blas nunca olvidó ni renegó de su origen indígena en el centro formoseño. Junto a un grupo pionero de originarios y con el asesoramiento y participación de Eulogio Frites, primer abogado indígena y maestro de numerosos abogados, participó de la fundación de la Asociación Indígena de la República Argentina (AIRA), organización pionera en la defensa de los derechos de los pueblos y comunidades indígenas en la Argentina. Hacia 1974 la organización comenzó a ser perseguida por la Alianza Anticomunista Argentina, la tenebrosa Triple A de López Rega. El Aira fue

copado por sectores que respondían a la ultraderecha peronista y sus dirigentes perseguidos y encarcelados.

En esos años de militancia en favor de los suyos, Blas participó de la fundación de otra organización pionera: el Consejo Mundial de Pueblos Indígenas, iniciando un proceso que llevaría a la internacionalización de los derechos de los pueblos. Quizás por eso, por su lucha por los derechos de todos y su actividad sindical docente, fue detenido y desaparecido, víctima de quienes llevaron a la Noche del Apagón en Jujuy en la dictadura militar. En una de esas curvas de los antiguos ríos se encontró con la ferocidad de los mismos aparecidos que llevaban a sus padres y abuelos a hacer trabajo esclavo en los ingenios azucareros.

Ni el cautiverio ni la tortura pudieron destruir su compromiso con el orgullo de sus raíces. Ya en democracia los ríos lo llevaron a organizaciones que luchaban para que la Constitución Nacional reconociera los derechos de los pueblos. Junto a Eulogio Frites y muchos otros dirigentes participaron del “Foro de los Pueblos Indígenas en la Constitución Nacional”, un espacio de debate y acción política que contribuyó a la incorporación de los derechos colectivos indígenas en la Reforma de 1994 en Santa Fe. En ese Foro destacó, junto a Eulogio Frites un abogado de querida memoria, perseguido y exiliado de la dictadura, Horacio Maldonado quien también acompañó en la Reforma Constitucional.

Los ríos siguieron su curso, siempre al futuro. Blas, siguiendo el camino de los ríos, retornó a su Formosa natal y se asentó en El Colorado, un pueblo de aparecidos situado sobre el río Bermejo. Quería morir en su tierra. Allí formó la Comisión de Derechos Humanos local. Pasó sus últimos años luchando por

los derechos de todos y en especial de los que siempre llegan tarde al reparto.

Partió con sus ancestros a cazar y pescar en noviembre de 2018.

El agua, los ríos, los peces y la gente pilagá son parte de un mismo cuerpo. Blas lo sabía y por eso hoy es una parte imprescindible de las memorias de la tierra.

EL PRESO

Cuando se viaja monte adentro en las soledades de la Argentina Profunda, los misterios de los wichí rodean al viajero mientras realiza ese viaje que siempre es de ida. Algunos le llaman “el camino del indio”, porque una vez que se emprende esa huella que lleva a las entrañas mismas de Latinoamérica ya no hay retorno posible. La transformación personal y la mirada del mundo en su diversidad es inevitable y no tiene vuelta atrás. La palabra “indio” en esas selvas achaparradas no es la mas apropiada porque fue y es la utilizada por los aparecidos como signo de desprecio y consideración del “otro” como un ser inferior. Es la perversa continuidad histórica de separar a los pueblos entre “ellos” y “nosotros”.

En cierta ocasión, en uno de esos viajes de ida, llegamos con Ricardo Altabe, abogado de cálida y reconocida memoria, a un destacamento policial para orientarnos en una zona donde las huellas se dividen una y otra vez, transformando la elección equivocada en extravíos y horas de búsqueda de formas enmarañadas de orientación. En el cercado de la edificación policial, un joven de aspecto originario barría y desmalezaba el terreno bajo el sol y el calor abrazador del oeste formoseño.

- Buen día-, saludamos.

- ¡Chiwoye! respondió el joven en su lengua, el wichí lhamtes.

En su media lengua castellana, el joven nos contó que los policías no estaban, que habían ido todos a cobrar sus sueldos a Ingeniero Juárez.

- ¡Ah claro!, es finde mes- contestamos señalando que comprendimos.

- ¿Y vos quien sos?-, preguntamos pensando en asesorarnos con él, quien quizás conocía aún mejor todos los sitios del monte de la región.

-Yo soy el preso-, contestó no sin cierto orgullo.

Acertamos en ilustrarnos con el sobre la geografía y caminos de la zona. Y no pudimos evitar seguir ese viaje de ida sin dejar de reflexionar en que hay lugares en que mal o bien se come todos los días.

N'OLHÄYTSEK

Chi elh chi häpe iwolaw'ekyaja tä inukwe lhipey tä wichi law'etes, lhipey tä ts'anis tä ihi lhipna Argentina, nilhoklape tä iche wujpe m'eyhey tä atha tä tälhejlä wichi wet äp yahanej t'at tä law'ekyajna tefwaj atni. Iche lhamil tä hiw'enpe wet yenlheyä lanäyijna "n'oyhäj n'äyij" tsi häpe t'at n'äyij tä ipäyene nilhokej m'eyhey tä ihi América lhipna wet tä hiw'en wet tajlhame t'at nemhit ihichela chi yachajohläk äp iche law'ekyajna. Äp ihichet'alak yachahohlak n'oelh yapiley m'ek tä häpe chi nilhoke tä matlhattsä iche wujpe m'eyhey tä iche tä w'enhahiche wet isis wet nemhit ihichela lawhäy chi n'oelh yäpnhiyela lawhäy tä pajche. N'olhämet tä n'oyen lheyä wichi tä law'etes lhipeyna, "indio" t'uhawethiyejt'a tsi ahätäy lhayis lhämetna tä iwoye häpe t'at tä yittej tä laha ihihit'a wichi. Tälhettsiy tä iche n'olhämetes tä hiw'enhathen n'oyhäj, "lhamil" wet "n'amil".

Lawhäy tä häpe wet olhäy'e Ricardo Altabe häpe hin'o tä latamsek ihi wet nilhok m'ek tä nip'ethalä, tä olhamil owow'ekyaja, olhamil ot'ukwe lhip tä sip'al ihi tsi olhamil owatläk ipäyennokwe n'äyij tä tatsupiye lhip tä olhamil ot'ukwe. Olhamil ow'ene hin'o mamse tä näl t'at tä wichi tä

tsilak t'at lham tä ihi lhip tä sip'al ihi tachumhajlhi t'at tejta nahayoj yajche honhat.

- Nech'e fwala-, olhamil on'okwayej.
- iChiwoye! Nichulhn'ohohen tä itihi lhämet, wichi lhäntes.
- Atsi sip'ä tä iwoyek otyätshaneje m'ek tä owatläk ohanej? -

Olhamil ontäfwelchehen t'at ahätäy lhämet tä ifwel'n'ohohen tä sip'al ihichet'akatsi, lhamil yikeyhen mat lakawaj tä ihi Ingeniero Juárez.

- iYak uuh!, tsi noj iwelä! - olhamil onchulho wet nech'e yahanej tä olhamil õntäfwelche t'at m'ek tä ifwel'n'ohohen.
- Wet am atsi m'ek tä ahäpe? Olhamil otyätsane tsi olhamil owatläk tach'otejn'oyehen tä olhamil owatläk ohanej ihi lhipey tä ihi lhipna.
- On'olhätsek-, nichulhn'ohohen tä näl tä chi yahuminche m'ek tä ihi.

Olhamil owetahihent'a tejta wujpe n'äyhäy. Wet chi olhamil oleyej tä oyentichunhayaj tä iche lhipey tä tejta niisa tha häp tä nilhokej ifwalas tä ichet m'ekfwaj tä n'oelh tufw.

EL CAZADOR Y EL FISCAL

La camioneta avanzaba polvorienta por los caminos del oeste formoseño, por el camino del petróleo como lo llamaron cuando hace décadas la empresa YPF descubrió petróleo en la zona. El largo camino de tierra, asentado con canto rodado en su tramo sur, atraviesa el territorio wichí de la parentela de los montaraces que mantenían su subsistencia hasta no hace mucho años de la caza y la recolección de frutos del monte.

Llegaban noticias terribles y oscuras que contaban que Cirilo, un mariscador, cazador de su comunidad, había sido encontrado muerto de un balazo de escopeta. Había preocupación en las aldeas y los originarios estaban enojados por la oscuridad que rodeaba la muerte del comunero.

Llegaron al lewet, la aldea wichí, junto a Donoso, pastor anglicano wichí para acompañar ese dolor que es siempre el de los parajes olvidados.

Fueron llegando los originarios por los senderos del monte, el *tayhi*. Se sentaron en la tierra en un enorme círculo que contenía presencias de comunidades de la parentela de esa zona del territorio donde no llega la televisión, ni el cable ni la señal de celulares. Un punto en el mapa lleno de hombres y mujeres de buena voluntad.

El vocero comunitario contó que la policía decía que el fallecido tuvo un tropiezo, cayó al suelo con su escopeta que se disparó provocándole una hemorragia y así encontró su muerte en las espesuras de la selva de los wichí. Se trataba decían los uniformados de una escopeta vieja y de gatillo celoso. Las comunidades no creían esa versión y exigían que se investigue lo ocurrido.

El abogado les explicaba que eso era simplemente una investigación policial, y que el juez debía ordenar una pericia judicial que establezca las causas y circunstancias de la muerte de Cirilo. Y que los resultados podían ser tres: que el cazador haya sido asesinado, o que se trató de un accidente como decía la policía, o como pasa a veces que haya dudas y no se pueda saber de cual de esas dos posibilidades se trata. Que había que buscar otras pruebas para el juez.

El vocero interrumpió enojado en ese punto del mapa de la Argentina profunda, sin medios de comunicación y con la mirada fija exclamó:

¡A nosotros no nos va a pasar lo de Nisman!.

